



PROGRAMA
INTERUNIVERSITARIO
de
HISTORIA POLÍTICA

FERMÍN A. RODRÍGUEZ

Un desierto para la nación

La escritura del vacío



• ETERNA CADÊNCIA
EDITORA

3. VIDA PRECARIA: FRONTERA

3.1. GAUCHOS: *MARTÍN FIERRO*, DE JOSÉ HERNÁNDEZ

Una literatura para el desierto

La poesía oral de los gauchos no escapa de la lógica que busca volver productivo cualquier cuerpo libre de la llanura. Sarmiento describe en *Viajes* una suerte de disciplinamiento de la poesía, que asciende de popular a culta (de poesía oral de los gauchos a poesía gauchesca), siguiendo los grados de la jerarquía militar: “El canto del poeta argentino se eleva rudo y barbaresco desde las filas del soldado, hasta depurarse y tomar formas más cultas en la boca de coroneles, ministros y generales” (p. 28). Pero hay voces que desertan, voces que se escapan a lo largo de líneas de creación que se abren directamente sobre un campo político. Son los que no cuentan como sujetos jurídicos de la palabra, los que no existen más que en el acto de contarse, de *cantarse*, como los que no cuentan.

Hay que escuchar a Sarmiento narrar en el *Facundo* las correrías de un cantor para ver cómo ingresa el campo de lo político en el campo de la voz del poeta: “Había ya contado lo del rapto de la querida con los trabajos que sufrió, lo de la *desgracia* y la disputa que la motivó; estaba refiriendo su encuentro con la

partida y las puñaladas que en su defensa dio, cuando el tropel y los gritos de los soldados le avisaron que esta vez estaba cercado" (p. 72). El relato del encuentro con la partida del ejército, a la hora y en el lugar señalado por el género, se continúa en la aparición real de los soldados, saltando por encima de la frontera que separa el lenguaje de la cosas. ¿De dónde viene esa brusca presencia, esa irrupción de cuerpos salidos de la nada, a espaldas del cantor? Cuando el cantor dice "soldado", un soldado salta encima suyo, porque sus enunciados no son criaturas representativas o reflexivas, sino elementos dinámicos, que engloban una potencia que no existe por afuera ni es anterior a los enunciados que la expresan. Están dadas entonces las condiciones de lo que Gilles Deleuze describe como literatura menor: todo en ella es político, porque cada problema individual se conecta de inmediato con la política y la ley; todo en ella adquiere un valor colectivo, porque el campo político ha contaminado cualquier enunciado.¹⁵⁷ Pero lo político, a este nivel, no solo es lo que pasa por la voz y por el cuerpo; también es el arte de inventar salidas allí donde parece no haberlas. La partida se cierra en forma de herradura sobre el cantor que, sin turbarse, "vuelve el caballo sobre la barranca, le pone el poncho en los ojos, y clávale las espuelas. Algunos instantes después se veía salir de las profundidades del Paraná el caballo... y el cantor tomado de la cola, volviendo la cola quietamente hacia la escena que dejaba en la barranca" (p. 72). El cantor encuentra una salida que, por cierto, nunca está dada: las líneas de fuga son creaciones donde una vida se derrama más allá del umbral de lo que es posible, como exceso y desafío.

¹⁵⁷ Gilles Deleuze, *Kafka. Por una literatura menor*, México, Era, 1978.

Entre la escritura y la voz

Poesía popular y delito se mezclan en la voz del gaucho. En la lengua oral de la cultura popular y con los tonos del coraje, el gaucho canta sus propias hazañas, que el código escrito de la justicia traduce como transgresión y violación de la ley. La escena narrada por Sarmiento invierte el cruce de fronteras que abre *Facundo*. Allí el intelectual, que se va a otro lugar a escribir, le dejaba al enemigo, a modo de desafío, la doble tarea de traducir del francés al español y de la escritura a la oralidad ("Oída la traducción: ¡Y bien! -dijeron- ¿qué significa esto?"). Aquí en cambio la traducción corre en sentido inverso: el gaucho saca el cuerpo de la ley, representada por la partida, dejando su voz como rehén del estilo indirecto del letrado que traduce el fraseo y el tono primitivo de la lengua nacional al lenguaje escrito: estamos en la poesía gauchesca.¹⁵⁸

Si en *Facundo* el disciplinamiento del cuerpo del gaucho era el remedio para el mal argentino de la extensión, para José Hernández, opositor de Sarmiento, "a la enfermedá / le están errando la cura".¹⁵⁹ El proyecto de población del desierto se sostiene en el uso militar y policial del gaucho en la frontera, apartado de la actividad económica y productiva que lo aliaba al patrón de estancia. La política de fronteras de Sarmiento, basada en colonias de inmigrantes, es denunciada en la voz del gaucho como un negocio de enriquecimiento basado en la apropiación de tierras ganadas al indio

¹⁵⁸ La escena señala el momento en que el cantor "sale de la nada del espacio oral (sale de que sus palabras sean escritas en estilo indirecto), y entra en la realidad de lo escrito (y en la no voz de la acción)". Cfr. Josefina Ludmer, *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988, p. 168.

¹⁵⁹ José Hernández, *El gaucho Martín Fierro. La vuelta de Martín Fierro*, en *Poesía gauchesca*, prólogo de Ángel Rama, selección y notas Jorge B. Rivera, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, I, l. 2141-42, p. 242.

a costa del sacrificio del gaucho. Así conversa un juez de campaña sobre el avance de la frontera, según lo refiere Cruz:

Hablaban de hacerse ricos
Con campos en la frontera;
De sacarla más ajuera
Donde había campos baldidos
Y llevar de los partidos
Gente que la defendiera.

Todos se güelven proyotos
De colonias y carriles
Y tirar la plata a miles
En los gringos enganchaos,
Mientras al pobre soldao
Le pelan la chaucha jah viles!

Pero si siguen las cosas
Como van hasta el presente
Puede ser que redepente
Veamos el campo desierto,
Y blanquiando solamente
Los güesos de los que han muerto.
(I, l. 2107-2124, pp. 241-242)

El paisaje sarmientino –colonias, inmigrantes, ferrocarriles– es un espejismo que en la voz del gaucho se disuelve. El plan de poblamiento de la llanura de Sarmiento alimenta paradójicamente el desierto (“Puede ser que redepente / Veamos el campo *desierto*”), vaciando la llanura de cuerpos productivos. La política inmigratoria no se aplica sobre un espacio vacío que habría que llenar. Se trata más bien de un desalojo de un espacio poblado de voces, una sustitución que expulsa al gaucho del espacio de la nación por venir. Pero el

plan de sustitución de una mano de obra “nacional” por mano de obra extranjera está destinada al fracaso porque los inmigrantes no son aptos para el rigor de la vida en la pampa ni para el trabajo rural. El gaucho no entiende “por qué el gobierno / nos manda aquí a la frontera / gringada que ni siquiera / se sabe atracar a un pingo” (l. 889-892).

Por su parte, el reclutamiento forzoso del gaucho, llevado por la fuerza al uso militar (Fierro) y policial (Cruz), lo aparta de la alianza económica con el patrón de estancia, ese paraíso perdido en el que el gaucho era un aparcerero o un peón que “su ranchito tenía / y sus hijos y mujer” (I, l. 135-138, p. 196). En esos días, dorados retrospectivamente por la nostalgia, el trabajo de la estancia precapitalista –la estancia rosista o la del padre de Hudson– era una fiesta: “Aquello no era trabajo, / más bien era una junción” (I, l. 223-224, p. 198) –la “fiesta” que Sarmiento no tolera cuando ve en la yerra un desperdicio de fuerzas productivas–. Trabajo era para Sarmiento trabajo agrícola especializado y cultivo racionalizado de la tierra; no ganadería y manejo eufórico de la hacienda. Pero “las leyes y los ejércitos ‘civilizados’ de Sarmiento –señala Josefina Ludmer– transforman a los sujetos en bárbaros”¹⁶⁰. Los gauchos que van al ejército no son delincuentes, más bien salen delincuentes, embrutecidos y barbarizados por un aparato de captura que retira al gaucho de un circuito de producción que necesita mano de obra.

Acorralado por una autoridad que ahora criminaliza al gaucho y lo empuja fuera del campo de la ley, Fierro huye al desierto, al territorio dominado por los indios. Sustrahe su cuerpo del campo del uso, sea en el ejército o en la estancia. En el desierto, donde “no alcanza / la facultá del gobierno” de Sarmiento (I, l. 2189-2190, p. 244), habrá por un lado

¹⁶⁰ Josefina Ludmer, *El género gauchesco*, ob. cit., p. 213.

seguridad ("Allá habrá seguridad", I, v. 2233, p. 245) y por el otro ocio, puesto que "Allá no hay que trabajar, / vive uno como un señor" (I, l. 2245-2246, p. 245).

Se trata otra vez, como en *Facundo*, de un cuerpo escapándose del campo de la violencia de Estado. Sarmiento saca el cuerpo y deja a espaldas suyas una letra como soporte material de una idea, la misma letra que encabeza *Facundo*, su contraataque literario. En Sarmiento, las ideas son inseparables del cuerpo liviano de una letra, impresa en una página o grabada en una piedra. Los cuerpos se degüellan, las ideas no. ¿Y las palabras? Porque las ideas son, antes que nada, palabras escritas. Sarmiento se lleva consigo a Chile las palabras en francés que dejó grabadas sobre la piedra de los baños del Zonda y que se repiten en la primera página del *Facundo*, desdobladas por la traducción. De la piedra al libro, de la Argentina a Chile, las palabras cruzan la frontera. Pero la voz del gaucho no resiste el paso. Al cruzar la frontera, Fierro, el cantor, rompe la guitarra y entra al desierto silencioso, con la voz quebrada:

En este punto el cantor
buscó un porrón pa consuelo,
echó un trago como un cielo,
dando fin a su argumento
y de un golpe al instrumento
lo hizo astillas contra el suelo
(I, l. 2269-2274, p. 245)

La voz del gaucho se queda en la frontera, en manos de un narrador que por primera vez en el texto toma la palabra en tercera persona para denunciar lo que el gobierno hace con los gauchos. El gaucho sale del espacio oral y se va al desierto enmudecido, privado hasta de su voz. Es en ese momento que el letrado lo releva: sin la letra como aparato disciplinario de

reterritorialización de la voz, la historia oral del gaucho se desvanecería en el espacio, tragada por el desierto.

Lo que se juega en la gauchesca es la captura de una voz por parte de una poesía escrita que, literalmente, toma la palabra del gaucho según un uso disciplinario de cuerpos en fuga, fijados por la letra y las convenciones formales de un género que es la sepultura de la cultura oral. Pero se trata menos de una forma aplicada a una materia que de un encuentro entre un doble flujo de escritura y voz que el género enlaza. Atravesado por la letra de una ley y una política diferenciales, el gaucho se transforma en ilegal y delincuente.¹⁶¹

Vida animal

Así como los intelectuales románticos leyeron el paisaje a través de la mirada extranjera tomada de la literatura de viajes, la clase terrateniente construyó con la mirada y la voz del gaucho un dispositivo de enunciación apuntado hacia la lucha política. Desde el límite de la ley, con el desierto a sus espaldas, el *Martín Fierro* exige en la voz del gaucho una reforma del sistema de reclutamiento de tropas de frontera que abandone el uso del servicio forzoso en la Guardia Nacional a favor del enganche de voluntarios a sueldo. "Si el gobierno quiere gente -resume Picardía en *La vuelta*- que la pague y se acabó" (l. 3707-3708, p. 348). Desde esta perspectiva, el

¹⁶¹ En 1865, el estado de Buenos Aires, bajo el gobierno de Valentín Alsina, promulga su primer Código Rural o "ley de vagancia". El código prohíbe penetrar en toda propiedad privada; regula la marca de la hacienda; exige el encierro del ganado en un lugar fijo; condena la caza de cualquier animal salvaje; castiga el sacrificio de un animal. Los artículos 289 y 292 condenan a todo gaucho no propietario "sin domicilio fijo y de medios conocidos de subsistencia" al servicio de fronteras.

sector de los hacendados, privado de mano de obra, se percibe y se presenta a sí mismo tan víctima de los abusos de autoridad como el gaucho. Será entonces en la voz del gaucho que las clases propietarias pronuncian su reclamo, según esa ficción de oralidad que define el género y que, tanto ayer como hoy, reaparece cada vez que los patronos rurales tratan de imponer sus intereses. La presión reclutadora aplicada arbitrariamente sobre las masas campesinas y no sobre los pobladores de la ciudad consume improductivamente la escasa fuerza de trabajo que o bien se disipa en el servicio de fronteras o bien se fuga hacia el desierto, donde no hay que trabajar. La campaña se convierte en un desierto jurídico, un espacio anómico sobre el que los derechos constitucionales del habitante de campo se encuentran suspendidos.¹⁶²

En la voz del otro, Hernández pide poner un límite a los abusos de autoridad que drenan la campaña de recursos humanos. Pero en sus artículos periodísticos, hablando con su propia voz, Hernández distingue el proletariado rural, impedido de trabajar, de una "población aventurera", sin domicilio ni lazos familiares fijos, que se resiste al uso -esa "tercera entidad" de la que hablaba Sarmiento, que vive de separarse y de saltar por encima de cualquier alianza-.¹⁶³ Estando disponible esa "clase vagabunda, que no tiene hogar, ni profesión, y que importa de otro modo una amenaza permanente contra

¹⁶² "Mientras el habitante de la ciudad -denuncia José Hernández en *El Río de la Plata*- no se lo obliga a prestar servicios... en la guardia nacional... el habitante de la campaña está expuesto a que se le convierta por fuerza en guardián de las fronteras... haciéndose así de un miembro útil de la sociedad, un agente de desorden y de inestabilidad". Cfr. José Hernández, "La regeneración de la campaña"... en ob. cit., pp. 357-359.

¹⁶³ Cfr. José Hernández, "La gran dificultad", *El Río de la Plata* (4 de septiembre de 1869), en Halperín Donghi, *Proyecto y construcción*, ob. cit., pp. 353-356.

el orden social y político" (p. 355), no es el paisano trabajador, que "su ranchito tenía / y sus hijos y mujer", el que debía alimentar el sistema de defensa de fronteras (I, l. 135-136, p. 196). Para Hernández, el reclutamiento forzoso de esa fuerza heterogénea y turbulenta no comporta la violación de ningún derecho, "porque ella misma ha renunciado, por sus propios gustos e instintos, al domicilio y a la sociedad, y como ha dicho un ilustrado escritor, en disponerlos así no habría condena" (p. 356). Muerto civilmente, privado de su humanidad jurídica, el gaucho nómada es entonces aquel sujeto al que el estado excluye por medio de la inclusión en el servicio de frontera.

El fortín prepara lo que se consume en el desierto: la animalización del gaucho, expulsado al campo de la nuda vida, la vida que no vale la pena ser vivida. "Siempre has de ser un animal" [I, l. 748, p. 210], le dice el Mayor a Fierro cuando este le reclama su paga. Cruz, por su parte, que anduvo entre los cardales escapándose de la ley "como bicho sin guarida", define la vida del gaucho perseguido "como vida de animales" (I, l. 1912-1915, p. 237). Despojados de todo, de mujer, de sus hijos, de vivienda, de tropilla, de vestimentas, Fierro ingresa silenciosamente en un campo de voces desarticuladas por el género.

Ya en el desierto, como ocurría en *La cautiva*, la animalización del otro es general. El territorio de la barbarie es un campo de convulsiones presignificantes. Bramidos, gruñidos, ronquidos, son el afuera del canto y de la voz articulada. El parlamento de los salvajes, que se preparan para invadir, se presenta como "un baile de fieras" (II, l. 289, p. 267); "una mezcla de potros, indios y lanzas, / con alaridos que aterran" (II, l. 286-288, p. 267). La voz del indio forma parte de un flujo indiferenciado de materia heterogénea, donde los límites entre lo animal y lo humano están borrados. Más que metáfora de la barbarie, lo animal está directamente conectado con

el salvaje que, como el Viejo Vizcacha, extrae su nombre propio del campo semántico del animal: "Hasta los nombres que tienen / Son de animales y fieras" (II, l. 593-594, p. 274). La no-voz del salvaje es una voz no individuada, que resuena en el cuerpo colectivo de la tribu: "'Güincá', gritaba cualquiera, / y toda la fila entera / 'Güincá', 'Güincá', repetía" (II, l. 304-306, p. 267).

Cuando Fierro y Cruz son interrogados por los indios, la voz múltiple de la tribu traduce las respuestas, que se pierden en la multiplicidad del ruido de la turba:

A cada respuesta nuestra
Uno hace una exclamación,
Y luego en continuación
Aquellos indios feroces,
Cientos y cientos de voces,
Repiten al mismo son.

Y aquella voz de uno solo,
Que empieza por un gruñido,
Llega hasta ser alarido
De toda la muchedumbre,
Y así alquieren la costumbre
De pegar esos bramidos. (II, l. 319-330)

La cadena pregunta-respuesta-exclamación de uno-cientos de voces funciona como una especie de traducción por la que la voz del gaucho se disuelve en la voz múltiple de la tribu. Se trata de una desterritorialización de la voz del gaucho que, en fuga de la letra escrita, resulta presa de un movimiento que la descodifica. Irse al desierto es volverse animal, arrastrado por un devenir que, pasando por el indio, expulsa al gaucho del campo de lo humano. En este sentido, a la hora de extraer tiempo y trabajo de los cuerpos, no hay alianza

posible con el indio. Su barbarie es irreductible; su diferencia no es domesticable. Por el contrario, el gaucho vago e indómito, que en *La Ida* no perdía ocasión de emborracharse y pelear, habla ahora desde la perspectiva de la vuelta al pacto civilizatorio, rehumanizado por el rescate de la cautiva. Fierro vuelve del desierto después de haber matado a un indio sin por ello cometer asesinato, en tanto se trata de una violencia legítima ejercida sobre una vida desnuda y despojada de todo valor.

La escena del duelo en el desierto es la más violenta del texto: Fierro pelea y mata a un indio que después de haber castigado brutalmente a una cautiva, le ata las manos con las tripas del hijo que acaba de degollar. El duelo con el indio, a diferencia del duelo con el moreno, trae de vuelta a Fierro a la civilización. Se trata de la muerte de un enemigo (el infiel), dentro del pacto jurídico que funda el adentro de la nación. El gaucho que ha aprendido la lección vuelve del campo del otro a trabajar y a dar consejos con la voz templada por la civilización.

Omisión

La huida de Fierro y de Cruz al desierto introduce una laguna en esa narración que se detiene al borde del desierto, cuando Fierro rompe la guitarra. Se trata de un tiempo vacío de acciones, durante el cual Fierro es un espectador mudo de la barbarie.¹⁶⁴ Pero antes de quebrarse al borde del desierto, hay algo que en la voz del cantor está omitido: los datos del paisaje. En efecto, a diferencia de las literaturas del espacio que venimos

¹⁶⁴ Cfr. Ezequiel Martínez Estrada, *Muerte y transfiguración del Martín Fierro*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1958, p. 173.

recorriendo, *Martín Fierro* no abunda en descripciones de la llanura ni de los hábitos de sus habitantes. El hecho de que en el *Martín Fierro* “no intuimos los hechos, sino al paisano Martín Fierro contándolos” –tal como observa Borges en “La poesía gauchesca”¹⁶⁵– retira al texto del campo de la representación (la relación entre un signo y su referente) para instalarlo en el de la ficción (la relación entre el decir y lo dicho). Por eso en el texto no hay descripciones de la pampa ni enumeración de costumbres. “Dijérase que todo ha sido eliminado cuidadosamente, con el mismo cuidado que los otros poetas ponían en enumerar”, señala Ezequiel Martínez Estrada (p. 271). A diferencia del acopio de la totalidad de la pampa que intentan textos como *Santos Vega*, de Hilario Ascasubi, rara vez el texto de Hernández se detiene a describir.

El espacio desaparece, porque el problema son las voces y los cuerpos en su relieve. El procedimiento de Hernández de prestarle la palabra al gaucho permite la atenuación del color local. Hernández, según Borges, “no especifica día y noche, el pelo de los caballos: afectación que en nuestra literatura de ganaderos tiene correlación con la británica de especificar los aparejos, los derroteros y las maniobras, en su literatura del mar, pampa de los ingleses” (p. 182). A fuerza de omisiones y alusiones, el texto va extendiendo silenciosamente un presupuesto espacial que gravita sobre lo dicho, desplegándose en las inmediaciones de palabras como “pampa”, “llanura” o “desierto” –cuya sola mención, escribe Borges en *El tamaño de mi esperanza*, “basta para ensanchar cualquier verso”–. No es casual que “las cosas de estancia” sobre las que Fierro convida a cantar al moreno caigan dentro del campo de la adivinanza (II, l. 4372, p. 365). Lo concreto del trabajo no es nombrado sino aludido por un desafío que tiene la forma de un acertijo

¹⁶⁵ Jorge Luis Borges, “La poesía gauchesca”, *Obras completas*, ob. cit., p. 182.

¿qué trabajos de campo se llevan a cabo en los meses con erre-cuya respuesta el moreno ignora.¹⁶⁶

¿Será necesaria entonces “la sabiduría de los lugares, los caminos, las hierbas, los cielos, azares, los vientos” para la comprensión del poema? Martínez Estrada confía en que “las notas del ambiente, del clima, del paraje, del hablar y del callar están ya fijadas en el lector por anticipado, como elementos de sus reflejos condicionados de experiencia... Y entonces no es menester que el Autor los describa; ya están en las vivencias del lector” (p. 332). En *Evaristo Carriego*, Borges también presupone una dimensión geológica de la significación, descontando que las imágenes borrosas “de campo de a caballo” ocupan “el fondo de toda conciencia argentina”.¹⁶⁷

Pero esa “conciencia argentina” poblada de jinetes, esa base de percepciones compartidas “fijadas en el lector por anticipado” gracias al contacto directo con las cosas de campo, ¿es el fundamento de la literatura nacional? ¿O es la literatura la que funda el falso recuerdo de lugares en los que nunca estuvimos y de experiencias que nunca vivimos pero que recordamos con precisión? Esos “reflejos condicionados de experiencia” que menciona Martínez Estrada ¿no serán “un plagio del Poema”, en tanto “sus hombres oriundos adquieren sus dichos y hasta sus costumbres”? (p. 253) El poema ha crecido hasta ocupar el espacio entero de la patria y confundirse con ella, de manera tal que se ha vuelto indiscernible “lo que tomó Hernández y lo que se ha tomado de él”. En este sentido, lo que un relato como el *Martín Fierro* transmite es una serie de consignas que ordenan recordar. El hecho de que Fierro

¹⁶⁶ En enero, febrero, marzo, abril, septiembre, octubre, noviembre y diciembre tienen lugar las tareas rurales de esquilas, yerras, apartes, etc. En mayo, junio, julio y agosto, se deja en libertad a los animales en campos para pastoreo.

¹⁶⁷ Jorge Luis Borges, *Evaristo Carriego*, en *Obras completas*, ob. cit., p. 120.

hable para otros gauchos como procedimiento que permite omitir los detalles realistas y las descripciones en general constituye menos un presupuesto que una orden. "Uds. Recordarán" o "Uds. ya saben" son entonces cláusulas que no indican tanto un auditorio de iguales como una obligación que hay que asumir, un pacto de lectura forzado por la tradición.

"Cencias" naturales

Como un naturalista que investiga una especie en extinción, Hernández va al rescate de la cultura oral de los gauchos con el propósito de "retratar, en fin, lo más fielmente que me fuera posible, con todas sus especialidades propias, ese tipo original de nuestras Pampas, tan poco conocido por lo mismo que es difícil estudiarlo" ("Carta de José Hernández a su Editor"). Pero cuando se le cede la palabra al gaucho, se vuelven audibles las voces silenciadas por la palabra letrada de los viajeros naturalistas o comerciales al Río de la Plata y de cualquiera que quisiera internarse Tierra Adentro: las voces de los baqueanos y guías que acompañaban al viajero, sin los cuales era imposible orientarse en el desierto. Toda una red de relatos orales, datos geográficos, traducciones, anécdotas, leyendas, etc., constituyen el suelo verbal sobre el que crece el orden etnográfico de la escritura. Pero para Fierro:

Aquí no valen Dotores:
Solo vale la experiencia;
Aquí verían su inocencia
Esos que todo lo saben,
Porque esto tiene otra llave
Y el gaucho tiene su cencia
(I, l. 1457-1462, p. 226)

Hay un saber del gaucho, ligado a la experiencia, que no se somete a los cánones del saber letrado de la institución científica. La "cencia" del baqueano y del rastreador le permite orientarse en la inmensidad del desierto leyendo las estrellas, la posición del sol, los vientos, los ruidos de los animales. En oposición al conocimiento sistemático de la ciencia, el gaucho conoce por metáforas y analogías (al estilo de Sarmiento en *Facundo*). En la carta a José Zoilo Miguens que sirve de Prólogo en *La Ida*, Hernández comenta su esfuerzo "en imitar ese estilo abundante en metáforas, que el gaucho usa sin conocer y sin valorar, y su empleo constante de comparaciones tan extrañas como frecuentes". Las comparaciones proliferan, poniendo en contacto diversos reinos. Biografías de la llanura reproducen vidas animales: el Viejo Vizcacha, el gaucho perseguido como un tigre cebado... Generalmente, los animales de la llanura proporcionan el término marcado de una comparación por la que algo trata de describirse o definirse. Los mamíferos, peces, aves, reptiles que pueblan el poema no son elementos del paisaje, sino fragmentos de una zoología popular donde lo animal articula el sentido de lo humano. La ola de vida animal que atraviesa el decir del gaucho inclina el texto hacia lo bajo, hundiéndolo en las mezclas de materias donde conviven organismos inferiores, desperdicios, suciedad, pestilencia, palabras obscenas. "No hay nada sublime en el poema -observa Martínez Estrada- porque está puesto sobre la tierra, en lugares bajos, inundados de detritus y desperdicios" (p. 387). El género borra los rastros que lo sublime había inscripto en el paisaje, desterrado de una llanura empobrecida, vacía de cuerpos productivos. El desierto es carencia organizada, despojo sistemático del gaucho, último eslabón de una cadena productiva que desciende desde las alturas del poder hasta las formas más elementales de vida.

3.2. INDIOS

Cartografía nómada

Entre la campaña y el desierto, corriendo por más de mil kilómetros a través de un país llano y abierto, se extendió la materia imprecisa de la frontera. Jurídica, política y geográficamente indecisa, la frontera nombra una franja de vida precaria y mal agarrada al suelo que, durante cincuenta años, impidió, en sus avances y retrocesos, cualquier definición estable del territorio nacional. Mal delimitada y desguarnecida, defendida apenas por volátiles tratados de paz con los indios o por quebradizas líneas de fortines insuficientes para contener la presión del desierto, la frontera es el espacio donde el límite entre el adentro y el afuera de la nación se deshace y se rehace permanentemente.

Ninguna institución –ejército, trabajo, familia, clan– parece suficiente para fijar dentro de sus límites una multitud de cuerpos llevados de un lado para el otro por las corrientes que baten la pampa: gauchos reclutados por la fuerza, desertores y prófugos de la ley que buscan asilo entre los indios, cristianos cautivos convertidos en secretarios e intérpretes, guías indios al servicio del ejército, cautivas desposadas por algún cacique, mujeres indias viviendo con algún soldado, malones indios contra las poblaciones de frontera y malones cristianos contra los toldos, tribus asimiladas al trabajo en las estancias o plegadas alternativamente al ejército o a la montonera, viajeros, colonizadores, mercachifles... Son los movimientos múltiples de los nómades, una población inestable que circula por todos lados, sin dirección precisa. En *Mil mesetas*, Gilles Deleuze y Félix Guattari los describen yendo y viniendo a través de la frontera, “pillan y requisan, pero también se integran y se reterritorializan. Unas veces penetran en el Imperio, atribuyéndose tal segmento, se hacen mercenarios

o federados, se fijan, ocupan tierras o fundan ellos mismos Estados... Otras, por el contrario, se ponen de parte de los nómades y se asocian a ellos, haciéndose indiscernibles”.¹⁶⁸

Hablar de una línea de frontera sería entonces quitarle espesor a esta zona de contacto, donde la mezcla y la interpenetración de mundos es incesante. Trueques, contrabando, robos, espionaje, tratados y subsidios del gobierno mantienen a las tribus circulando con relativa calma por el interior de la frontera sur.

Poder perder

Mientras tanto, en el desierto, los flujos nómadas de hombres, animales y mercancías van a confluír en torno a la figura de Calfucurá, quien por los años del ascenso de Rosas al poder logra anudar la dispersión de tribus araucanas y ranquelinas de Tierra Adentro en una verdadera confederación de naciones, con centro en Salinas Grandes. Todos los caudillos y caciques de la pampa, comenzando por Rosas, reconocen a Calfucurá como Cacique General del Imperio de la pampa. Calfucurá monta en el desierto una estructura de dominio basada en la distribución de la riqueza, orientando hacia Chile el flujo permanente de cabezas de ganado recogido en la llanura, robado de las estancias o donado por el gobierno. “La riqueza será para todos. Yo no quiero nada para mí”, calcula desinteresadamente Calfucurá de acuerdo a una economía basada en el derroche y el *potlatch* que su secretario Santiago Avendaño, cautivo siete años de los pampas, reduce a

¹⁶⁸ Cfr. Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pretextos, 1980, p. 226.

demagogia.¹⁶⁹ En efecto, el poder de Calfucurá depende de una capacidad de perder que, en contraste con los estudios de mercado de los viajeros ingleses, embrolla todo cálculo racional de ganancias.

De todos modos, Calfucurá representa un principio de poder discontinuo, local, sin aparato de Estado central fijo ni instituciones especializadas, donde la táctica gobierna la estrategia. “Hay tantos indios que yo no los gobierno; estos son muy ladrones, y no puedo contenerlos de ningún modo”, contesta Calfucurá cuando se lo acusa de no respetar los tratados de paz con el gobierno.¹⁷⁰ Es que más que un poder, Calfucurá –sostiene Gaignard– ejerce “un ascendiente, una autoridad libremente consentida para organizar las grandes operaciones de ataque, de defensa o de negociación pacífica (para la obtención de tributos) con los cristianos”.¹⁷¹ Se trata de una multiplicidad, de una maraña de linajes autorregulándose anárquicamente a través de un poder basado en divisiones locales y situaciones variables.

Por eso la imagen de un caudillo reinando sobre las tribus del desierto, dominando estratégicamente la totalidad de los flujos nómadas de la pampa, resulta una representación ficticia e inacabada de la micropolítica del desierto. Corresponde a Estanislao Zeballos la redacción tardía de esa novela: *Callvucurá y la Dinastía de los Piedra* (1884), seguida luego de *Painé y la Dinastía de los Zorros* (1889) y *Relmu, Reina de los Pinares* (1887). Con las huellas de la conquista del desierto todavía frescas, Zeballos impone retrospectivamente una continuidad

narrativa a la dispersión de acontecimientos locales que impiden una representación lineal del medio siglo de guerras contra el indio. Para ello, Zeballos planta narrativamente un tronco político –la Dinastía de los Piedra (*curá*, piedra)– que se ramifica por el desierto hasta que un *curá* blanco, Roca, logre derribarlo. La autoridad de Calfucurá se representa como una estructura jerárquica, arborescente, montada sobre la mentira y la trampa. Novelescamente, Zeballos centraliza en la figura de un Calfucurá maquiavélico y codicioso las microdeterminaciones de la política indígena, reduciendo la maraña de linajes y alianzas locales a las determinaciones de una voluntad omnisciente. Pero la larga duración que le atribuye Zeballos a los planes de Calfucurá, desenvolviéndose por décadas, no figuraba entre las categorías de los pampas, que, recuerda Viñas,¹⁷² se manejaban coyunturalmente “por estaciones, pariciones o cosechas”, mientras que el cristiano lo hace por “décadas o lustros” según una larga duración que tiene la medida de la novela como género.

Hechos ocurridos simultáneamente a inmensas distancias –por ejemplo, varias tribus pidiendo al mismo tiempo la paz– son una prueba para Zeballos de un “plan soberano de explotar al Gobierno de Buenos Aires por medio de sus tenientes” (p. 79). El Calfucurá de Zeballos ocupa el centro de una red de mensajes que espías, intérpretes, secretarios y mensajeros a su servicio extienden sobre el desierto, conectando la dispersión de las tribus aisladas a los toldos de Salinas Grandes, sede del gobierno bárbaro. Sobre esa masa de escritos, redactados por amanuenses cautivos como Santiago Avendaño o el francés Guinnard, Zeballos funda la “rigurosa exactitud histórica” de un libro que busca legitimarse por medio de un procedimiento que tiene la edad de la novela: el hallazgo de

¹⁶⁹ Cfr. Meinrado Hux, *Memorias del ex cautivo Santiago Avendaño*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 1999, p. 32.

¹⁷⁰ Cfr. David Viñas, *Indios, ejércitos y frontera*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1983, p. 150.

¹⁷¹ Cfr. Romain Gaignard, *La Pampa argentina*, ob. cit., p. 212.

¹⁷² Cfr. David Viñas, *Indios...*, ob. cit., p. 107.

un manuscrito (p. 29). Zeballos asegura que en 1879, entre los médanos de Salinas Grandes, encontró los archivos de la cancillería de Calfucurá, “un curiosísimo manuscrito de 150 hojas de oficio” que los indios escondieron antes de huir del ejército invasor. El archivo, que le presta a la barbarie un cuerpo burocrático, contenía “las comunicaciones cambiadas de potencia a potencia entre el gobierno argentino y los caciques araucanos, las cartas de los jefes de frontera, las cartas de comerciantes que ocultamente servían a los vándalos, las listas de las tribus indígenas y sus jefes, dependientes del cacicazgo de Salinas, los sellos gubernativos grabados en metal, las pruebas de la complicidad de los salvajes en las guerras civiles de la República a favor o en contra alternativamente de los partidos; y en medio de tan curiosos materiales no faltaba un diccionario de la lengua castellana, del que se servían los indígenas para interpretar las comunicaciones del Gobierno Argentino, de los jefes militares, de sus *espías* (este archivo prueba que eran numerosos) y de los comerciantes con quienes sostenían cuentas corrientes tan religiosamente respetadas (causa esto asombro) como pueden serlo entre los mercados de París y de Buenos Aires” (p. 12). Con esos documentos como prueba plantada en territorio enemigo, Zeballos puede internarse novelescamente en “el laberinto de la política traidora de los indios” (p. 338) y demostrar que existía entre ellos un germen de aparato de Estado. Si tal archivo existe, Julio A. Roca tenía razón, destrabándose el diferendo alrededor del que giró durante cincuenta años la política de fronteras: cómo negociar en forma permanente con una estructura política descentralizada.¹⁷³

¹⁷³ Cfr. Ernesto Livon-Grosman, *Geografías imaginarias*, ob. cit., p. 28.

Desvíos IV

La dinastía de la liebre: *La liebre*, de César Aira

“Nosotros tenemos una palabra para ‘gobierno’ que significa, además de toda clase de cosas, el ‘camino’, pero no un camino cualquiera sino el que siguen algunos animalitos cuando corretean, zig-zagueando”: la definición de lo que significa gobernar entre los indios corresponde al propio Calfucurá, protagonista de *La liebre*, de César Aira (p. 38). Política, espacio y movimiento se anudan en una palabra que identifica la tortuosa política de fronteras de los indios con la línea quebrada de la liebre legibreriana, esa especie fabulosa que Clarke, el naturalista cuñado de Darwin, persigue por la pampa. Lo que gobierna en los desiertos de Aira es la carrera en zig-zag de un elemento sin-sentido –sin un sentido recto, común– que esquivo tanto las redes clasificatorias del naturalista como la posibilidad de pactos duraderos. La política salvaje es una política del sentido, no asentada sobre ningún contrato de significación. El sentido es una cuestión de fuerza, de saber hacer por medio de ficciones que se trasponen directamente a la realidad. Calfucurá sabe que “un mito, un elemento simbólico o poético, puede tener un gran peso real”, por eso fundamenta su gobierno en fábulas que funcionan en la realidad, extendiendo efectos de sentido que corren en todas direcciones (p. 120).

*La pampa está gobernada por ficciones, esto es, un orden del discurso que no se afirma en la presencia de las cosas, sino en un vacío que hay que dominar y llenar de figuras. Pero a diferencia de la ley natural, impuesta por el naturalista sistemático al caos natural, o de las leyes del derecho internacional que deliberadamente los indios desconocen y traicionan, la ley de un legislador como Calfucurá depende de sustraerse como unidad o centro. Efectivamente, los avatares de *La liebre* tienen lugar sobre un fondo de desaparición de Calfucurá, oculto a lo largo de la novela detrás del único escondite que ofrece la llanura: la línea del horizonte. El continuo de la llanura sin más accidentes que el horizonte sustituye entonces a los*

desfiladeros del significante. No hay aquí toma de poder por medio de un orden clasificatorio o narrativo, sino sustracción del elemento que funda el sistema. Sobre esta ausencia –ausencia del padre, ausencia de ley, ausencia de Estado– crecen inagotables ficciones de origen, un origen que retrocede como el horizonte, exiliado al borde de lo visible.

En el desierto de La liebre, no hay linaje o herencia que no se divida al transmitirse, como si la evolución procediera por saltos reproductivos oblicuos que cruzan transversalmente especies, razas y dinastías. De padres a hijos, las líneas de descendencia siempre están amenazadas por desvíos productivos que introducen lo nuevo en la monotonía reproductiva de lo siempre igual. Buscando la liebre, los personajes se pierden en un laberinto genealógico en el que se imbrican linajes familiares, identidades nacionales y pertenencias étnicas. Las estructuras de parentesco de la llanura son discontinuas y abiertas, imposibles de triangular. Los personajes son hijos adoptivos, ilegítimos, de paternidad incierta, desviados de su origen. Entre los indios, la identidad se desdobra y se multiplica según un mítico linaje de gemelos que representa “la supervivencia del género humano, contra el exterminio” (p. 120). A la política del vacío y de la extinción de las especies, instrumentada por los blancos como exterminio, los indios de Aira oponen la vitalidad inagotable del sentido, que sobrevive a fuerza de repetirse y diferenciarse, de desdoblarse y huir de sí mismo. Porque si a los hombres se los degüella y extermina, si a las especies se las extingue, al sentido no, porque vive de perderse y deslocalizarse en el espacio, escapando a la localización y a la identificación.

Igualdad guerrera

Midiéndose mutuamente por encima de la frontera, Rosas y Calfucurá conviven políticamente, sin enfrentarse. Sus máquinas de guerra corren paralelas por el territorio, aliándose

provisoriamente contra los “salvajes unitarios”. Los indios colaboran con Rosas en la persecución de sus enemigos políticos, recibiendo a cambio tributos que incluían el botín de sus haciendas. Por su parte, los ranqueles del cacique Painé protegían al partido Unitario. Cientos de refugiados habitaban en sus toldos, perseguidos por Rosas. El más notorio de todos ellos fue el coronel Baigorria, un antiguo oficial del ejército de Paz que vive unos treinta años entre los ranqueles después del triunfo de Rosas. En sus toldos sobre el río Quinto creció un irregular núcleo armado de hombres blancos, entre los que figuraban bandidos y cuatreritos perseguidos por la ley, desertores del arbitrario servicio militar como Fierro, montoneros derrotados, pulperos itinerantes.

Hacia 1850, afuera de la toldería de Painé, como quien dice, en medio de la pampa o de la nada, Baigorria se había hecho construir un rancho donde se dedicaba a cultivar “sus instintos civilizados” leyendo y releendo su libro favorito: un ejemplar descabalado de *Facundo* que un capitanejo ranquel, vaya a saber por qué, había salvado de un malón.¹⁷⁴ También las cautivas blancas encontraron a la sombra de Baigorria un relativo alivio de su condición. Una actriz dramática que fue cautivada por los ranqueles en viaje hacia Chile representó junto a Baigorria el papel de esposa durante diez años; fue su último papel: murió en 1845 “sin haber querido revelar jamás a nadie su nombre verdadero”.¹⁷⁵ En su doble condición de “Cacique Blanco” y comandante de la Confederación de Urquiza se cifra el carácter reversible de cualquier movimiento de frontera, indiferentes al principio de identidad y no contradicción que domina una razón de estado que en el desierto enloquece.

¹⁷⁴ Cfr. Ricardo Piglia, *El último lector*, Barcelona, Anagrama, 2005, p. 33.

¹⁷⁵ Cfr. Estanislao Zeballos, *Painé*, en *Callvucurá, Painé. Relmu*, ob. cit., p. 323.

Pero con la caída de Rosas en 1852 se desatan los flojos nudos diplomáticos que sujetaban relativamente el ímpetu ofensivo de los indios. Desde la costa Atlántica hasta el río Quinto, la Pampa se pone en movimiento. Dueños del espacio y de la velocidad, la capacidad de intervención que los indios adquieren en el laberinto de las luchas partidarias de la época es decisiva. La línea de frontera se combe, sometida a la creciente presión de invasiones cada vez más audaces. Los ranqueles apoyan a Urquiza en la batalla de Caseros, y se lanzan sobre el norte de Buenos Aires. Por el sur, Calfucurá se vuelve contra Rosas, y los malones barren las estancias fronterizas sin encontrar resistencia. La máquina de guerra pampa puede volcarse hacia uno u otro bando, según una lógica coyuntural y reversible que atraviesa todo el campo político de una nación fracturada por la guerra civil.

Retirada

La caída de Rosas inaugura la guerra de escaramuzas que por veinte años movió todavía más los campos de la frontera. Tan reiterativa como la pampa que describen los viajeros, la política de fronteras gira en círculos donde la diplomacia alterna con la guerra. La secuencia se abre con la visita a los toldos. Entre presentes, agasajos y recelos, comienzan prolongados parlamentos donde se negocian las condiciones de una paz que alguna de las partes pronto va a olvidar, sellada por intensos brindis de despedida. Se trata de arreglos cargados de precariedad, que incluyen presentes y “vicios” para los indios (azúcar, yerba, aguardiente), tanto como sueldos y cargos militares que los indios consideraban un merecido pago por la ocupación y usufructo de lo que consideraban su tierra. Bruscamente, el pacto queda roto por alguna de las partes, lo que desata una espiral vertiginosa de persecuciones y huidas, acusaciones

mutuas, ataques inesperados y crueles revanchas, penetración y retiradas fulminantes de jinetes lanzados al galope en uno u otro sentido, a través de una línea de frontera ilusoria.

Tres años después de la caída de Rosas, en respuesta a esta escalada de malones que termina con la invasión de Azul en 1855, el gobierno de Buenos Aires lanza líneas expedicionarias que se deshacen en el desierto. Primero en 1855, el ministro de Guerra en persona, Bartolomé Mitre, se pone al mando de las tropas del Estado para marchar látigo en mano contra el desierto, declarando que esa sola arma le bastaba para terminar con los indios de Calfucurá (campana a Sierra Chica). Pocos días después de la bravata, a solo cinco leguas de Azul y luego de varias escaramuzas que desgastan a las tropas bonaerenses, el ejército de Mitre vuelve sobre sus pasos, a pie y envuelto en la oscuridad.

El conocimiento del terreno jugaba a favor de los salvajes. Un año después, en 1856, con tanta determinación como Mitre, el general Manuel Hornos marcha contra Calfucurá (campana a Tapalqué), quien logra atraer a las tropas hasta un pajonal donde terminan las maniobras del Ejército de Operaciones del Sur, hundido en el barro y a merced de la puntería de los lanceros indios. En las crónicas de la guerra de fronteras, el pajonal, los guadales, los médanos, el incendio intencional de los campos, la falta de orientación en un territorio desconocido, las sabandijas –todos los datos del paisaje de *La cautiva*– aparecen aliados a la táctica de los nómades, que usan el territorio como defensa y la velocidad del caballo como herramienta de caza aplicada a la guerra.

En 1858, dos grandes expediciones son vencidas por el desierto. Una al mando del coronel Nicolás Granada, que prepara una nueva ofensiva contra los toldos de Salinas Grandes (campana a Pigüé). Partiendo de Tandil, tres mil hombres salen al desierto a perseguir indios que, evitando la confrontación directa, acompañan la marcha sin dejarse alcanzar. La

llamada batalla de Pigüé fue para los indios una fiesta ecuestre: los indios, que se mueven como un enjambre alrededor de la tropa, se agrupan por fin frente al ejército, que espera prusiana y confiadamente la carga. Pero “cuando tronaba el cañón”, cuenta Zeballos en *Calloucurá*, el enemigo “se desbandaba, jineteando festivamente y haciendo molinetes con las lanzas”, para perderse finalmente tierra adentro (p. 60).

Mientras tanto, en la frontera noroeste de Buenos Aires, otro Mitre sale al desierto. Se trata esta vez del coronel Emilio Mitre, que en enero de 1858, al frente de una columna de dos mil hombres, se interna tierra adentro en dirección oeste en busca de los desconocidos toldos ranqueles, los mismos toldos que doce años más tarde va a visitar Mansilla, para escribir su famosa *Excursión*. Siguiendo las rastrilladas del enemigo, Mitre se extravía en el desierto, sin noticias de los fantasmagóricos ranqueles que ni siquiera por curiosidad se asoman a observar al ejército girar en círculos. El desierto se mueve alrededor de la tropa, las referencias cambian de lugar; el calor, los vientos, las aguadas que nunca aparecen, la maraña de rastrilladas, producen turbulencias que desvían las líneas o las deshacen. Vencidos por el desierto, muertos de sed, sin equipos ni monturas, encuentran en la zona de Nueve de Julio la salida de ese laberinto de arena y llanura. Los diarios de Buenos Aires reportaron mil quinientos muertos de sed y la pérdida de toda la artillería (según Mitre, los muertos de sed fueron solo dos y se abandonó sólo un cañón).

Los indios tenían soldados y Buenos Aires no, reconoce con resignación Bartolomé Mitre en su Mensaje de 1856 a la Legislatura porteña. La frontera estaba rota, desbordada por la capacidad de movimiento de los nómades que circulaban por los campos conquistados sin que el ejército, desintegrado por sublevaciones de oficiales y deserciones masivas, le ofreciera demasiada resistencia. Lo más prudente era retroceder la frontera hasta los límites de 1829, previos a la campaña de

Rosas. La línea corre desde Bahía Blanca, en la costa del Atlántico, hasta Pergamino, en la frontera de Buenos Aires con Santa Fe, pasando por Azul, General Alvear, 25 de Mayo y Chacabuco. Condicionado por su debilidad militar, el gobierno, que se prepara para pelear con Urquiza, queda obligado a firmar tratados de paz, inaugurando una década de prudente política pactista.

3.3. EJÉRCITOS

Prisiones al aire libre

El paisaje que por esos años le ofrece la civilización al que sale del desierto no se parece al pujante Chivilcoy que Sarmiento admira desde la ventanilla de un tren, ni al conjunto múltiple sin desorden que enceguece a Droctulft, el bárbaro de “Historia del guerrero y de la cautiva” que se convierte a la civilización al ver por primera vez una ciudad. “Imagínense ustedes –le solicita Alfred Ébélot a sus lectores franceses en uno de sus croquis de la frontera– un reducto de tierra, de una cuadra de superficie, flanqueado por chozas de juncos, algo más grandes que tiendas y más pequeñas que los ranchos más exigüos, dejando en el medio un sitio cuadrado en cuyo centro está el pozo, e inundado de criaturas que chillan, de perros que retozan, de avestruces, de ratas de agua domesticadas que allá se llaman nutrias, de mulitas, de peludos que trotan y cavan la tierra, de harapos secándose en cuerdas, de fogones de estiércol en los que canturrea la pava del mate y se asa el alimento al aire libre; figúrense ustedes en torno la pampa desierta, chata y amenazante, que el centinela apostado en una torrecilla de césped, interroga día y noche, y tendrán el cuadro, a la vez pintoresco y monótono”, de esos antipanápticos

a cielo abierto que eran las guarniciones de frontera.¹⁷⁶ Se trata de un madererío mal protegido por un foso y un mangrullo enclenque, rodeados por muros de vacío y de soledad que los vuelve “prisiones al aire libre”.

Enclave disciplinario del cuerpo del soldado, el fortín, “cuya vida es horrible para el hombre en el aislamiento y en medio de la salvaje monotonía del desierto”, es incapaz, según Zeballos, de detener los flujos bárbaros que se cuelean a través de las empalizadas, deshaciendo el débil tejido disciplinario que a duras penas se mantiene en su interior.¹⁷⁷ La inacción, la falta de medios de movilidad, la irregularidad del pago y la impuntualidad del aprovisionamiento abren brechas en la red de controles disciplinarios del cuartel por donde escapan los soldados, que se refugian en el desierto y alimentan las filas del enemigo.

En la soledad de los fortines, el gobierno dispone una línea de defensa a cargo de hombres de campo reclutados por la fuerza por resistirse al trabajo en las estancias, mal armados y prácticamente abandonados a sí mismos. En una guerra que se reduce a combates cuerpo a cuerpo entre enemigos que usan prácticamente las mismas armas (lanzas, sables y boleadoras), el coraje y la habilidad del jinete resultan decisivos, una máquina de guerra basada en el acople jinete-caballo, mejor montada por los indios. En contraste con ese nomadismo lanzado al galope, lentos arrees de ganado cruzan la pampa, circulando por campos abiertos sin alambrar cuyos límites nadie conoce con certeza. Hombres a caballo al servicio de alguna estancia aislada someten la hacienda a rodeo, fijándola al territorio por medio

¹⁷⁶ Alfred Ébélot, *Recuerdos y relatos de la guerra de fronteras*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1968, p. 42.

¹⁷⁷ Cfr. Estanislao Zeballos, *La conquista de 15.000 leguas*, Buenos Aires, Hachette, 1958, p. 329.

de marcas de propiedad inciertas. Se trata de una territorialidad móvil, seminómada, apenas codificada –un mundo de hombres solos por el que bienes, animales y unas pocas mujeres circulan como objeto de intercambio o de robo.

Los señores de la frontera

Entretejidos con las líneas seminómadas, se afirman núcleos de soberanía que sobrecodifican localmente el espacio social, lejos del alcance del gobierno central de Buenos Aires. Se trata de los señores de la frontera, esa figura del “hacendado-bolichero-militar”, como los llama Viñas, en la que convergen la administración de la ley, la propiedad de la tierra, el control del comercio y la organización de la defensa.¹⁷⁸ El mal de la frontera no es la extensión, sino las pasiones sin límites de estos jefes despóticos que, como bombas de vacío, extienden el desierto y la escasez a su alrededor.

En los cuerpos de frontera, “no hay ley que sirva de base. No hay reglamento escrito o tradicional establecido. No hay más punto luminoso que la obediencia ciega en todo y para todo, sin derecho, sin reclamación y sin recurso de apelación contra el superior”: la denuncia del abuso sistemático de autoridad que reina en la frontera corresponde a Álvaro Barros, propietario de campos en la provincia de Buenos Aires y comandante de la frontera sur de Buenos Aires entre 1866 y 1869 hasta que Sarmiento y su ministro Martín de Gainza lo separan de su cargo. Nieto del Cnel. Pedro Andrés García y teórico de la defensa de un terreno que conoce como hacendado y militar, Álvaro Barros publica en 1872 –el mismo año en el que se publica el *Martín Fierro– Fronteras y territorios federales de*

¹⁷⁸ David Viñas, *Indios...*, ob. cit., p. 147.

las pampas del sur, un estudio-panfleto que repite los enunciados que José Hernández pone en la voz del gaucho.¹⁷⁹

El disciplinamiento de la frontera tiene que comenzar por la profesionalización del ejército. Recién entonces, a fuerza de orden y disciplina, una ofensiva contra los indios tiene alguna chance de imponerse. Pero no será persiguiéndolos sin tregua por territorios desconocidos que se logrará reducirlos. No hay que ir a buscar a los indios al desierto; hay que obligarlos a salir, porque sacarlos del espacio es desarmarlos. En lugar del avance gradual de la frontera, batiendo el territorio palmo a palmo, Barros es de la idea de comenzar por ocupar el río Negro –límite teórico de la nación desde 1867–,¹⁸⁰ para cortar todas las comunicaciones con Chile. Encerradas en el desierto, sin más recursos ni tributos que le permitan subsistir, las tribus aisladas no tendrían más remedio que “buscar protección y trabajo” en la frontera, “volviéndose por necesidad y conveniencia, humildes y aplicados”.¹⁸¹

Por medio de la fuerza disciplinadora del trabajo, Barros confía alcanzar lo que ni la disuasión armada ni la persuasión diplomática habían logrado: terminar, no con los bárbaros, sino con la barbarie. Complementario del programa de Hernández, el proyecto de nación de hacendados-militares como Barros prepara cuerpos útiles, formados en la obediencia, libres de elegir pertenecer a la nación siempre y cuando elijan lo correcto: trabajar como peones, como servicio doméstico en las ciudades o como guardias del ejército, asimilados a propiedades determinables y territorios limitados.

¹⁷⁹ Álvaro Barros, *Fronteras...*, ob. cit., p. 107.

¹⁸⁰ La ley 215, de 1867, y la Ley de Territorio, de 1870, fijan la frontera del río Negro como línea separatoria con los indios.

¹⁸¹ Álvaro Barros, *Fronteras...*, ob. cit., p. 265.

Desvíos V

Mal viaje: *Los sueños del Señor Juez*, de Carlos Gamerro (2000)

La vida “libre, sensual y sin formas” del desierto atrae y al mismo tiempo repele a cronistas de frontera tan severos como Zeballos, que proyectan sobre la pantalla de los toldos un horizonte de experiencias límite (Painé, p. 322). Los toldos aparecen como un campo de satisfacción inmediata de instintos que se consumen improductivamente. Si la civilización espera realizarse oteando con ansiedad el horizonte, la barbarie es combustión fulminante de pasiones que se descargan en el malón. No hay allí deseo; solo goce y consumo improductivo de animales, vicios, alcohol, mujeres cautivas. El robo, el cautiverio, los festines de carne cruda, las borracheras, la poligamia, el ocio, la violación arbitraria de tratados, la indiferencia por la autoridad, el desconocimiento de la propiedad privada, son presentados por el discurso de la conquista como actos violentos de realización de apetitos demasiado urgentes como para esperar que el trabajo o la ley de tierras –que recompensa con campos a los que sirvieron en la guerra– cumplan con sus promesas. Para una nación que busca arrancarse del desierto, deseo de espacio es deseo despacio, un moroso avance sobre un afuera lentamente internalizado.

¿La frontera es la barrera de represión encargada de detener los embates del afuera? Entre la frontera y los toldos, lo reprimido retorna, yendo y viniendo, moviendo y desordenando los límites. Poner entonces afuera, en la naturaleza salvaje de los cuerpos desnudos de la llanura la causa que frustra la satisfacción del proyecto de nación agro-exportadora ¿no es alejar en el espacio y en el tiempo la violencia constitutiva del régimen de apropiación privada de la tierra que está teniendo lugar? El antagonismo no viene de afuera, sino que trabaja desde el interior de un orden que vive del conflicto entre levantar y transgredir límites, entre la necesidad de expansión más allá de sus fronteras y la necesidad de limitación y de control.

La ley no está en conflicto con el deseo; por el contrario, la ley de la frontera se sostiene en la transgresión: Los sueños del Señor

Juez, de Carlos Gamerro, explora justamente esos cruces.¹⁸² La novela transcurre en Malihuel, un fuerte perdido en la frontera norte de la provincia de Buenos Aires que un avance de la línea de fortines hacia el sur dejó varado en el medio de la pampa. Hacia comienzos de la década de 1870 comienza a elevarse por encima del madererío apenas fijado al suelo, barrido una y otra vez por las mareas del desierto o de la guerra civil, uno de esas soberanías locales contra las que despotrica Álvaro Barros. Se trata del teniente coronel Urbano Pedernera, jefe militar del antiguo fuerte devenido autoridad civil de Malihuel. Propietario de tierras ganadas al indio que el gobierno le cede como recompensa por sus servicios, el flamante estanciero y juez de paz de Malihuel se propone hacer de esos ranchos amorfos un pueblo que llevaría su nombre. Así, mientras espera la llegada del agrimensor encargado de trazar los planos, el juez sueña con los bulevares, plazas, fuentes y estatuas de lo que algún día sería San Urbano.

Pero no son solo planos y ciudades lo que crece en las tierras fértiles del sueño; también delitos, delitos imaginarios a los que corresponden castigos reales. Durante la noche, la ley sueña con su transgresión. Todas las mañanas un castigo posible pende sobre cada habitante de Malihuel, según cómo se hayan portado en los sueños de una ley que no descansa nunca (sobre todo mientras duerme). Es que los vecinos de Malihuel, indisciplinados e insolentes, se empeñan en meterse con los sueños del juez a mearle las paredes del juzgado, comerciar clandestinamente con los indios o robar un caballo. Y los sueños de un juez de frontera, encargado de legislar sobre límites y umbrales, no pueden ser sino verdaderos.

Así, la ley en Malihuel comienza con un acto nocturno de transgresión que la demarca y temporariamente la suspende. La barbarie como estado de naturaleza libre de leyes es un mito jurídico, que

Agamben, entre otros, despeja. "Lo que aparece con la suspensión del derecho —muestra Agamben— no es el estado de naturaleza, sino el espacio jurídicamente vacío del estado de excepción".¹⁸³ La ley no está ausente de Malihuel; la ley está suspendida, bajo la forma de la disolución de todo límite. Pura fuerza de ley separada de la ley, los caudillos de frontera como don Urbano gobiernan sobre una llanura sin límites donde la excepción se ha vuelto la norma.

La distinción entre sueño y vigilia va perdiendo todo su valor, e imperceptiblemente la vida de los habitantes de Malihuel comienza a transitar la huella que los sueños del juez van dejando sobre lo real. A diferencia de Radiografía de la Pampa, de Ezequiel Martínez Estrada, Los sueños del Señor Juez se abstiene de montar sobre la pampa un dispositivo de interpretación de los sueños de los héroes de frontera: el inconsciente está afuera, volcado sobre Malihuel. Porque a Gamerro los deseos del poder le interesan menos que el poder del deseo de producir efectos permanentes sobre lo real. En la tradición rioplatense de la literatura fantástica, la ficción jurídica no se opone a lo real como lo falso a lo verdadero: la ficción produce verdad, lo verdadero es el resultado, lo que se realiza en la Historia. En este sentido, el juez no es muy diferente del déspota: ambos intentan realizar una idea y tiranizar al mundo en nombre de ella.

Pero donde hay poder hay resistencia. Rosendo Villalba, uno de los primeros vecinos culpables de invadir los sueños del señor juez, es otro desertor más que cruza la frontera huyendo de una autoridad que ni en sueños lo deja de perseguir. En busca de asilo en los toldos, el primer descubrimiento de Rosendo es que no solo en Malihuel las ideas saltan del campo de los sueños para materializarse sobre la llanura. Poco antes de entrar al desierto, Rosendo se cruza con un grupo de soldados en plena ejecución del plan defensivo de Adolfo Alsina: la excavación de la zanja de más de cien leguas que frenaría

¹⁸² Carlos Gamerro, *El sueño del señor juez*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.

¹⁸³ Cfr. Giorgio Agamben, *El poder soberano y la nuda vida I*, trad. de Antonio Gimeno Cuspinera, Valencia, Pre-textos, 1998, p. 54.

los embates de la barbarie. La idea era prácticamente irrealizable, pero prendió firmemente en el cuerpo dócil de los soldados, anónimos personajes del sueño del señor ministro: "¡Una idea! —exclama el teniente a cargo—. Contempla usted la idea más preclara que hombre alguno haya tenido en nuestra patria desde sus comienzos... Un foso corta a lo ancho un continente. ¡Un continente! Del lado de acá, está la civilización, o sea nosotros; del lado de allá, la barbarie, o sea ellos. ¿Lo ve? ¿Lo ve?" (p. 84).

Pero es en el desierto, entre los toldos, donde Rosendo encuentra lo que no sabía que iba a buscar ni esperaba que fuera a ocurrirle: su propia idea, la trama de liberación que exorcizaría los sueños del señor juez. Por esas vueltas de la literatura de frontera, volvemos a encontrarnos con esa bella y misteriosa actriz europea cautivada por los indios, que muere entre los ranqueles sin decir jamás su nombre. Se hacía llamar Pichicaiun, y es la mujer de un cacique que nunca volvía de un malón sin algún libro para ella. Rosendo recibe el don de su historia, que la lleva de Europa, donde era una buena actriz, hasta la exigua escena teatral del Río de la Plata. Pero a Rosendo le cuesta seguir el relato, porque palabras como representación, actuación, personaje, escena, telón, butacas, no le dicen absolutamente nada. Rosendo no sabe lo que es el teatro, y pone a prueba la capacidad de explicación de Pichicaiun: "Imagínate que sueñas, y que nosotras somos los per... las personas de tu sueño. Se encienden las luces, entran las personas, se encuentran, hablan, hacen cosas sensatas o locas: solo que ahora no sucede adentro de tu cabeza, dormido, sino afuera, delante de tus ojos" (p. 109).

Es entonces que, inesperadamente, algo le ocurre a Rosendo: una idea. No es que se le ocurre una idea, como a Alsina o a don Urbano; más bien, la idea es algo que le ocurre en el cruce entre el deseo colectivo de emancipación que lo atraviesa y ese dispositivo de representación que yace olvidado en el desierto. Algo que viene de afuera fuerza a Rosendo a pensar en una puesta en escena clandestina a cargo de todo Malihuel, que tendría por escenario los propios sueños del señor juez. Se trata de una suerte de incursión onírica en

el territorio enemigo que vuelve la novela otro mal trip por la llanura. Oculto entre las bambalinas del inconsciente, "un mundo entregado por fin a la locura que siempre había estado agazapado en los bordes, esperando", se lanza al asalto de los sueños del juez que, debidamente narcotizado, queda a merced de una falta de represión vuelta en su contra (p. 145). Lo reprimido —los gauchos, los indios, las mujeres— retorna a reclamar por sus derechos avasallados, descargando una suerte de carnavalesca pueblada lisérgica sobre el campo desguarnecido del yo. Son sueños de liberación ante los que las ficciones del poder enloquecen, mezclas de materia y de cuerpos confundidos en el azar y el desorden de un mundo donde ningún límite quedó sin transgredir.

Ejecuciones: Lucio V. Mansilla

Como don Urbano en Malihuel, Álvaro Barros fundó en 1866 Olavarría, uno de esos temblorosos pueblos de frontera nacidos del rancherío que rodeaba los fortines. El gesto fundador de un militar y hacendado como Barros —convencido de que solo una población civil estable podía asegurar las fronteras— pasó desapercibido para Sarmiento, actual presidente de la república. Barros se queja de que el admirador de los fundadores de Michigan o de Chicago no le dedica a Olavarría la menor atención. Librado a sus propios recursos, Olavarría no le debe a Sarmiento "ni una palabra, ni una herramienta, ni un solo peso" (p. 195). ¿Adónde quedó la promesa de Sarmiento de hacer cien Chivilcoy en los seis años de gobierno? El gobierno multiplica gestos performativos —leyes, discursos, decretos— pero la fuerza de ejecución de la ley se va diluyendo a medida que se aleja de las ciudades y se adentra en la frontera, donde queda suspendida.

En esos años de promesas postergadas, leyes no ejecutadas, tratados no respetados y arreglos incumplidos —años por los

que Barros denunciaba el continuo comercio ilegal de hacienda entre indios amigos, comerciantes y jefes de frontera— tuvo lugar una extraña ejecución. Se trata del fusilamiento de un caballo ordenado a comienzos del año 1869 por el flamante comandante de la frontera Sud y Sud-Este de Córdoba con asiento en Río Cuarto: el coronel Lucio V. Mansilla. La anécdota fue narrada casi veinte años después por el propio Mansilla en una de sus *Causeries del jueves* con esa entonación afectada e indolente, tan errática como la carrera literaria y militar de su autor. Publicadas en 1888 en el periódico *Sud América*, “El famoso fusilamiento del caballo” es una evocación de Sarmiento, que acaba de morir.¹⁸⁴ Mansilla se jacta de haber tomado de sorpresa al pueblo argentino al haber llevado a Sarmiento a la presidencia de la República. Pero Sarmiento, que “era siempre lo inesperado”, lo sorprende nombrando a Martín de Gainza como Ministro de Guerra, el cargo al que Mansilla aspiraba (p. 119). Así, si “el primer chasco que a Arredondo y a mí nos dio fue la organización de su ministerio” (p. 118); el segundo chasco de Sarmiento, podríamos agregar, fue sacárselos de encima enviándolos a la frontera. En efecto, el 1º de diciembre de 1868, Martín de Gainza pone al frente de la Comandancia General de las Fronteras Sud de Córdoba, San Luis y Mendoza a José M. Arredondo, que le encarga al por entonces coronel graduado Lucio V. Mansilla la jefatura de la remota frontera cordobesa con sede en Río Cuarto.

¿Pero qué era lo inesperado por aquellos años que Mansilla recuerda? Lo que acaparaba el estatuto de acontecimiento no era por cierto la arbitrariedad política de Sarmiento o las extravagancias de Mansilla, sino el malón

¹⁸⁴ Lucio V. Mansilla, “El famoso fusilamiento del caballo”, *Entre-nos. Causeries del jueves*, Buenos Aires, Hachette, 1963.

contra las poblaciones de frontera. Recuerda Mansilla que “la primera cosa que buscábamos en los diarios, así como ahora buscamos los telegramas del Exterior y del Interior, era la noticia que contenía este título obligado: ‘¡Invasión de indios!’” (p. 123). Será entonces en el campo del indio y de la política de fronteras donde Mansilla buscará recuperar protagonismo y reparar las condiciones de aislamiento público extremo que le impuso el desplante de Sarmiento. Sobre ese fondo de acontecimientos habría que leer las disgresivas entregas de *Una excursión a los indios ranqueles* —el folletín publicado en *La Tribuna* a partir de 1870 con el que Mansilla trató de desviar la atención de los lectores porteños de las alarmas de invasión y atraerla sobre su persona.

Mansilla va a poner límites a un espacio demasiado poroso, demasiado permeable al intercambio, trueque o robo de bienes, animales, mujeres cautivas. “Las malas prácticas fronterizas —resume el nuevo comandante de frontera— permitían que los indios, verdadero enemigo al frente, cruzaran la línea de fortines tranquilamente, siempre que no vinieran en son de guerra y que llegaran a las poblaciones, sin decir agua va, cuando se les antojaba” (p. 125). Río Cuarto, sede de su comandancia, se llenaba de indios cada vez que una embajada o una comisión cruzaba la frontera con ánimo de negociar algún tratado, intimando pacíficamente con la población cristiana que los recibe con naturalidad. Una vez allí, los indios gozan de una “vergonzosa extraterritorialidad” (p. 126) que los eximía de cualquier castigo (p. 126). Si un paisano o un gaucho llegaba a contrariar a un comandante de frontera gritando, borracho, alguna proclama política, “lo enderezaban, a cintarazos, a la policía, lo destinaban a un cuerpo de línea, por más jueces federales que ya hubiera” (p. 125). Pero si era un indio el que transgredía alguna norma, emborrachándose o maltratando a su mujer, lo invitaban amistosamente a recuperar sus límites. Mientras que los gauchos son

susceptibles de castigo, los indios quedan exentos de cumplir con una ley ante la cual no deben responder.

Pero a partir del fusilamiento del caballo, la igualdad ante el castigo quedará ejemplarmente restablecida. La anécdota cristaliza el estado de fluidez y plasticidad que define la frontera, ese espacio a medio hacer donde las diferencias no son excluyentes. En una de esas turbias visitas diplomáticas, los indios traen consigo un caballo adquirido “*par droit de conquête*” en una invasión reciente (p. 131). El dueño legítimo del animal pretende hacer valer su derecho de propiedad, reclamando ante la autoridad militar lo que legalmente le pertenece: el famoso caballo que, indiferente a cuestiones mundanas, pasa las horas al sol en el patio de su dueño actual, un boticario, francés, partidario de Rosas, que tenía tratos con los indios. Mansilla, que desconoce todavía la “topografía” de un terreno poco firme, encuentra en la anécdota todos los elementos necesarios para una puesta en escena del principio de autoridad que pretende hacer valer entre gauchos e indios indiferentes a su juventud e inexperiencia (p. 124). Citado por Mansilla a su despacho, el propietario de hecho del caballo desconoce los derechos del dueño anterior: el caballo era ahora suyo, porque su compadre el cacique Mariano Rosas se lo regaló. Mansilla, que en sus ratos de ocio estudiaba legislación militar comparada, interpela al boticario arrojándole el código Napoleón y remarcando, en francés: “*Cherchez, monsieur, ce que c'est: droit de la propriété, en France*” (p. 136). La escena instala un diferendo entre el derecho de propiedad y el derecho de conquista, dos lenguas jurídicas en conflicto, intraducibles entre sí. Frente a la intransigencia del francés que, aclimatado al clima jurídico de la frontera, no se deja conmover por la apelación a su lengua y a su herencia jurídica, el joven comandante de frontera pierde los límites. Inflamado por “la retórica de cuartel” y a punto de tocar “ya, ya, los últimos límites de la palabra para entrar en los de la acción”, Mansilla,

sin ningún tipo de formalidades, manda a fusilar el caballo para zanjar la cuestión. “Ustedes no pueden formarse una idea de la fruición proconsular que yo experimenté,” confiesa Mansilla después de haber dado la orden, esto es, de emitir una palabra que ingresa inmediatamente en el campo de los cuerpos (p. 138).

Lo que sigue entonces es otro capítulo de los sueños de un señor juez de frontera, asaltado durante la noche por un torbellino de nociones jurídicas y concepciones morales que se agolpan en una conciencia dialogizada. ¿No habría sido mejor robarle el caballo que sacrificarlo? Y si “*la propriété c'est le vol*” (p. 142), ¿cuál fue el delito de Mariano Rosas, en virtud de ese “aforismo comunista”, al haber robado el caballo? (p. 143) Las luces del día no despejan la cuestión: la opinión pública –los gauchos en las pulperías– quedaron profundamente impresionados con una medida que “había embrollado un poco más todas sus nociones embrionarias sobre el artículo de la Constitución Nacional que prohibía, hasta que se la reformó, las ejecuciones a lanzas y cuchillo, poniendo en su lugar: ‘Quedan abolidas para siempre la pena de muerte por causas políticas, toda especie de tormentos y azotes’” (p. 143).

El caso del fusilamiento del caballo inscribe una especie de jurisprudencia en el campo de una ley cuyo objeto, en la frontera, se vuelve problemático. Esquivando los universales de la ley, la ejecución del caballo corre en el límite de la legalidad, entre lo humano y lo animal, la ley y su suspensión, la civilización y la barbarie. La intuición extrajurídica de Mansilla desplaza el objeto de la represión: asesinando al caballo, Mansilla se evita el fusilamiento del boticario, que lo hubiera inscripto en “la lista de los caudillejos brutales, en cuyas manos todo poder es una amenaza y un peligro” (p. 142). Los indios, por su parte, quedaban notificados: de ahora en más, quedaba interrumpida cualquier otra economía que desconociera

la propiedad privada.¹⁸⁵ Caballos, pero también cautivas, debían dejar de circular por una frontera súbitamente endurecida. “No mataríamos hombres; pero mataríamos como lección tremenda y ejemplar... pingos”, advierte Mansilla (p. 144), por lo menos por unos meses, hasta el 30 de mayo de 1869, cuando en un nuevo arrebato de fruición proconsular Mansilla manda a fusilar al soldado Avelino Costa, culpable del delito de desertión (como Martín Fierro). Menos inspirada y famosa que la alegórica ejecución del caballo, la retórica de cuartel de Mansilla pasa por alto esta vez un trámite administrativo cuya omisión le cuesta la destitución del cargo de Comandante de Frontera, un año después de su excursión a los ranqueles.

Desvíos VI

Caballos expiatorios: *Nadie nada nunca*,
de Juan José Saer (1980)

La ola de fusilamientos ya se había cobrado unas once víctimas, y no había sospechosos. Nadie podía dar una versión acabada de los hechos, pero estaba claro que la cosa no era con los dueños, sino con los caballos. Alguien, aprovechando la noche, iba por el campo de un

¹⁸⁵ La contraescena de “El famoso fusilamiento del caballo” hay que buscarla en las últimas páginas de *Una excursión a los indios ranqueles*. Saliendo del desierto, Mansilla ordena arriar con unos caballos que encuentra en su camino: “¿A quién pertenecían? ... Aquella noche comprendí la tendencia irresistible de nuestros gauchos a apropiarse lo que encuentran en su camino, murmurando interiormente el aforismo de Proudhon: ‘La propiedad es un robo’”. “Han de ser de los indios”, contesta un ayudante de Mansilla, que replica: “El que roba a un ladrón tiene cien días de perdón”. La escena termina a las carcajadas. Poco después, aparecen los indios a reclamar sus caballos. Cfr. Lucio V. Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles*, ed. de Julio Caillet-Bois, México, Fondo de Cultura Económica, 1947, pp. 193-194.

lugar a otro asesinando caballos de un tiro en la sien, dejando a su paso cadáveres tajeados con saña, con las vísceras desparramadas por el suelo. Se murmuraban historias de todo tipo, pero ninguna terminaba de darle forma al significado oscuro y maligno de esa violencia desatada contra una franja de carne animal desguarnecida y vulnerable, sin amparo legal, en inquietante continuidad con la vida humana. No parecía ser un ejemplo o un escarmiento, como el fusilamiento de Mansilla; ni una medida sanitaria contra una hipotética peste equina, ni un pretexto del gobierno para meter en la cárcel a los opositores al gobierno, ni una cortina de humo para justificar desplazamientos misteriosos del ejército y de la policía. Alguien sugirió que los caballos se suicidaban, pero la cosa no estaba para chistes, y menos ante el comisario Leyva, alias “el Caballo”, representante de la mano dura del pueblo y propietario de uno de los animales asesinados. Los rumores eran incesantes. También se hablaba, por lo bajo, de los revolucionarios detenidos ilegalmente que, de noche y en secreto, le traían al Caballo para que los hiciera cantar a fuerza de picana; de los gritos que a altas horas de la noche salían de la comisaría, de las detonaciones nocturnas.

En el calor de febrero, “el mes irreal”, flotaba en la zona un clima de desconfianza general, de hostilidad y sospecha mutua. El miedo era indefinido, pringoso, ambiental, como las altas temperaturas de la región. Embrutecidos por el calor y el miedo, vecinos de toda la vida, parientes, amigos de años, todos de golpe se convierten en sospechosos. Algo estaba ocurriendo allá afuera para lo que no había nombre —una amenaza ubicua, invisible e intangible, flotando sobre una comunidad de individuos dispersos y asustados, donde cada uno se vuelve policía y víctima del otro.

A la sombra ominosa y difusa de la muerte, ajeno a la idea de la mano con la pistola apoyada en la sien que obsesiona a su dueño, el bayo amarillo pasta indiferente a lo que ocurre a su alrededor, fuera del alcance del tiempo. Divinidad desdeñosa, el caballo vive indiferente en la eternidad de un instante enorme, tan ancho como largo es el tiempo entero. Es un animal: esto es, no sabe que

la muerte es inminente, que la bala en la cabeza puede llegarle en cualquier momento. Porque ser para la muerte, ser consciente de la propia mortalidad, es el rasgo que diferencia al hombre de otras especies. El hombre que vive en la sucesión del tiempo, al otro lado del cristal, exterior a esa masa de carne palpitante de sangre, músculos y pelos, se acerca al caballo que, sacudiéndose apenas, no le saca la mirada de encima. Ahora ya está dentro de la esfera vital que emana del bayo, un torbellino cálido de vida hecho de pasto, olor a excrementos y a pelo mojado que arrastra irresistiblemente hacia su centro todo lo que ingresa en su órbita. El hombre se detiene, se agazapa y, de un salto, se cuelga del cuello sudoroso del animal que, sin comprender nada de lo que está pasando, tira hacia arriba mientras relincha y patalea, presa de confusión y de puro pánico.

El que acaba de abalanzarse sin razón aparente sobre el animal aterrorizado es el Gato Garay, protagonista de *Nadie nada nunca*, de Juan José Saer. Alguien dejó el bayo a su cuidado, en el fondo de la casa junto al río, de la que el Gato, enfermo de “agarofobia” como sugiere un amigo, ya casi no sale. “Si el mundo se desmoronara, a él no se le movería un pelo”, dicen del Gato, animalizado por un comentario que lo iguala con la soberbia autonomía del bayo de pelaje amarillo al que, efectivamente, no se le mueve un pelo mientras todo, en algún sentido, se está hundiendo en un agujero negro de violencia y represión¹⁸⁶. ¿Pero qué acaba de pasar entre el Gato y el caballo? ¿Qué arrebato motivó esa extraña conducta, en la que el Gato se funde intempestivamente en un abrazo con la bestia? Podría decirse que aislado en esa casa devenida refugio, deambulando por los cuartos y el patio en un ir y venir incesante, el Gato está experimentando con la vida y con sus precarios límites.

Sentado en la galería con el río de fondo, capturado dentro de la esfera de vida densa y opaca del animal, el Gato no piensa en

¹⁸⁶ Juan José Saer, *Nadie nada nunca*, Buenos Aires, Seix Barral, 1980, p. 159.

nada, en nada que tenga la forma de una representación. Inmerso en un flujo de vida descompuesta en diferencias inhumanas, más pequeñas que las diferencias que ponen los sentidos, la conciencia o el lenguaje, el Gato y el animal fluyen trabajosamente por un desierto desnudo y calcinado de percepciones llameantes donde no hay cosas “sino grumos, nudos fugaces que se deshacen, o van deshaciéndose a medida que se entrelazan y que se vuelven, de inmediato, en un abrir, por decir así, y cerrar de ojos, a entrelazar” (p. 82).

“Sábado, ya”, se sorprende el Gato cuando ve venir a Elisa, cuya aparición marca el paso del tiempo, el tiempo humano de la historia, del trabajo y de los asesinatos (p. 39). Porque en la franja de vida en la que duran el Gato y el bayo, midiéndose con recelo, no pasa el tiempo; más bien, el tiempo pasa a través suyo, arrastrándolos fuera de sí hacia un afuera donde las diferencias de la vida, el elemento de la intensidad como puro cambio o devenir, se multiplican al infinito a lo largo de pendientes de diferenciación que desbordan los límites de la percepción tanto como las divisiones estabilizadas y convencionales del lenguaje. “Espeso, opaco, sin significación, empeñado en ser, y prolongándola por la boca, la vida”: tal es la vida soberana que irradia del bayo y que arrastra al Gato hacia el centro de una esfera incandescente y autónoma donde el tiempo cronológico se encuentra suspendido, refractaria al miedo y a la muerte tanto como a la nostalgia o la esperanza (p. 53). En la risa del Gato después de leer las disparatadas interpretaciones de su amigo Tomatis sobre el genocidio de caballos (los caballos como víctimas sagradas cuyo sacrificio crea alrededor una comunidad del miedo, o como “sinécdoques rituales” como las que practican ciertas tribus nihilistas de Oceanía), resuena una potencia de afirmación, un exceso de vida frente a la que retroceden el miedo, el aislamiento y la vulnerabilidad de la muerte individual (p. 214). Como los apareamientos animales, bajo el halo de la muerte, de Elisa y el Gato, instantes sagrados de fusión y desencadenamiento donde los cuerpos, plenos de vida, se arrancan violentamente de sus límites para fundirse en una continuidad imposible, común a la sexualidad y a la muerte.

La muerte del "Caballo" Leyva en un atentado, ajusticiado por un comando revolucionario, resignifica la serie de asesinatos, que se vuelven retrospectivamente indicios de lo que estaba por venir. La vida nuda que explora el Gato, la vida sacrificable donde el umbral entre el hombre y el animal se disuelve (o, más bien, se derrite de calor), es una zona de indistinción donde la ley se encuentra suspendida y la violencia "sagrada" que los verdugos ejercen sobre las víctimas (la carne sacrificada y torturada de animales y detenidos ilegales) se vuelve en contra de uno de ellos. Todo el peso simbólico que va acumulando la novela, todo el "clima de inminencia" que va saturando sus páginas, termina descargándose sobre el jefe de policía, como las nubes hinchadas de lluvia que terminan desplomándose sobre la región al final de la novela.

Círculo mínimo de soberanía y de amistad, de vida abandonada en la misma medida que liberada de la ola de miedo que la cerca y que la asfixia, el Gato y Elisa, con el bayo de fondo, devienen, imperceptibles en la noche, nadie. A su alrededor, crece el desierto –un campo que se ha vuelto maligno donde la vida es menos la potencia afirmativa del animal vivo, con su poder de reproducción, que la podredumbre del cadáver–. La vida es también la descomposición de la vida, que para Elisa se identifica con el campo como lugar del acontecimiento. En el campo, a plena luz del día, "algo" puede aparecésele en cualquier momento al caminante, "algo que se aparezca, súbito, algo vivo, o muerto, entre los yuyos... algo en estado de descomposición; eso abunda en el campo, ¿no?" (p. 87). La realidad de lo argentino, cifrado en el paisaje rural, no es más que un velo que recubre algo que no ha dejado de pasar, un núcleo reprimido sobre el que se funda la nación. Algo que viene del pasado, que sube desde el fondo de la tierra hasta la superficie del presente: cuerpos NN deshaciéndose a la intemperie, descompuestos por el tiempo. ¿No es obvio? "Si un asesino, argumenta, quisiera desembarazarse de un cuerpo, ¿adónde se le ocurriría hacerlo desaparecer? En el campo" (p. 89).

La frontera avanza

Por la época del famoso fusilamiento del caballo, tiene lugar un intercambio de misivas poco diplomático entre el flamante coronel de fronteras Lucio V. Mansilla y el cacique general de las tribus ranquelinas, Mariano Rosas. A modo de presentación, Mansilla le comunica que los embajadores ranqueles "vuelven llevando consigo todos los animales que trajeron para vender, pues hallándonos en estado de guerra, las leyes y usos de esta no permiten que los indios vengan a esta villa con el objeto de efectuar ventas o compras de cualquier clase que sea". Desde ahora, termina previniendo Mansilla, "no permitiré que vengan comisiones, ni comunicaciones para nadie, excepto para mí, ni consentiré que persona alguna aquí tenga relaciones con usted".¹⁸⁷ El "estado de guerra" que declara Mansilla endurece la frontera, que se cierra a cualquier tipo de intercambio con un enemigo que hay que aislar económicamente como primer paso de su reducción.

Mansilla llega a Río Cuarto con la orden de extender la línea de frontera unos cien kilómetros hasta alcanzar el río Quinto, previo reconocimiento de la zona. Avanzando paulatinamente sobre tierras en litigio dominadas por los nómades, se pone en marcha la estrategia de ocupación gradual del territorio que desde 1867 tenía fuerza de ley, una ley que terminaría de cumplirse cuando la nación alcanzara su límite más austral, empujando a los indios afuera de un mapa que terminaba en los ríos Negro y Neuquén (Ley Nacional de Territorios N° 215). Después de años de retroceder y defenderse, el ejército argentino contraataca: de una guerra defensiva,

¹⁸⁷ Congreso Nacional de Historia sobre la Conquista del Desierto, vol. 2, Buenos Aires, Academia Nacional de Historia, 1980, p. 86.

conservadora de límites, a una ocupación gradual del territorio enemigo, adelantando por etapas la línea de fortines.

Sin tiempo que perder, Mansilla despliega una actividad inaudita para cumplir con los plazos de la conquista, y en mayo de 1869, apenas seis meses después de hacerse cargo de la comandancia de Río Cuarto, las fuerzas militares a su cargo alcanzan los márgenes del río Quinto. Lo que sigue a continuación son tareas de fortificación y de exploración de un territorio desconocido. De visita en la frontera por esos días, Santiago Estrada repasa la movilidad de Mansilla, para quien “ha llegado la hora de escribir y se hace periodista; ha llegado la hora de combatir y es soldado; ha llegado la hora de atravesar la pampa y es gaucho; ha llegado la hora de trabajar y es chino” (p. 100). Podría decirse junto con Estrada que ha llegado la hora de relevar el terreno conquistado y Mansilla es baqueano. En efecto, “no hay un arroyo, no hay un monte, no hay un médano donde no haya estado personalmente para determinar yo mismo su posición aproximada y hacerme baqueano, comprendiendo que el primer deber de un soldado es conocer palmo a palmo el terreno donde algún día ha de tener de operar”, comenta Mansilla en las primeras páginas de *Una excursión a los indios ranqueles* (p. 4). Como la suerte de un ejército depende del saber del baqueano, Mansilla busca apropiarse estratégicamente de ese conocimiento local y táctico e inscribirlo en una perspectiva de conjunto, porque “¿puede haber papel más triste que el de un jefe con responsabilidad, librado a un pobre paisano, que lo guiará bien, pero que no le sugerirá pensamiento estratégico alguno?” (p. 4). Hay que volverse baqueano y mezclarse con los flujos de la llanura para aprender su lengua, una lengua que, debidamente orientada hacia fines estratégicos, resulta susceptible de uso militar o económico. Con los datos acumulados durante esas largas cabalgatas, Mansilla dice haber levantado para los estancieros un “*croquis topográfico...* de ese territorio inmenso, desierto, que convida a la

labor y no tardaré en publicarlo, ofreciéndoselo con una memoria a la industria rural” (*Una excursión*, p. 4).

Es probable que en esas cabalgatas por la región –Mansilla dice haber recorrido casi seis mil leguas a caballo– a medida que iba consolidándose la nueva línea de frontera, fuera abriéndose paso en Mansilla el deseo de internarse tierra adentro en territorio enemigo, sin aparato militar, en compañía de una mínima escolta. A la manera de los poderes locales que crecen en la frontera, fuera del alcance del gobierno central, Mansilla había comenzado a negociar a espaldas del gobierno uno de esos tratados de no agresión y de entrega regular de tributos a los indios que Álvaro Barros denuncia como el verdadero mal de las fronteras. La firma en febrero de 1870 de un acuerdo para el que no estaba delegado le acarrea a Mansilla inconvenientes con Sarmiento, quien introduce algunas enmiendas al tratado. Los ranqueles recelan y Mansilla, con la sola autorización de su jefe inmediato, Arredondo, pero sin el aval de sus mandos superiores, apuesta por la velocidad y el movimiento de una imprudente misión diplomática extraoficial a los toldos de Leuvucó, buscando recuperar la confianza de los indios y escribir, de paso, *Una excursión a los indios ranqueles*. Gesto de reparación política y simbólica, la “calaverada” diplomático-militar de Mansilla constituye una medida política extrema de un “yo” demasiado expansivo, demasiado elástico como para poder quedarse quieto dentro de ciertos límites. Más allá de la frontera militar, en la soledad del desierto y con una lengua literaria que, por horror al vacío, no se calla nunca, Mansilla intenta hacerle espacio a un “yo” viajero que vaya donde vaya ocupa mucho lugar.¹⁸⁸

¹⁸⁸ Acerca de la construcción de un “yo” viajero en la escritura de Mansilla, cfr. Sylvia Molloy, “Imagen de Mansilla”, en Ferrari-Gallo (comp.), *La Argentina del ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980.

Topografía y ficción: *Una excursión a los indios ranqueles*

“Che, Lucio, ¿realmente has estado vos entre los indios?”, pregunta alguien en *Causeries* (p. 188). A quienes legítimamente se permitieron dudar de la cháchara de viajero de Mansilla, les hubiera sido útil saber que además de una mundana crónica de viaje que Mansilla comenzó a publicar como folletín a partir de mayo de 1870 en *La Tribuna*, *Una excursión a los indios ranqueles* nombra también un sobrio parte militar enviado por el Comandante en Jefe de las Fronteras Sud y Sudeste de Córdoba, Lucio V. Mansilla, al Comandante General de la Frontera de Córdoba, San Luis y Mendoza, el general José M. Arredondo; subtulado “Cuadro completo del estado de los toldos”. Premiado en 1877 en el Congreso Geográfico Internacional de París, *Una excursión a los indios ranqueles* es un texto de fronteras, encabalgado entre campos discursivos diferentes por los que el multifacético Mansilla, un poco dandy, un poco soldado, un poco embajador, un poco topógrafo y espía, circula con fluidez.

De los varios frentes de lectura que abre el texto, el diálogo con Santiago Arcos, destinatario privilegiado de los envíos de Mansilla, constituye uno de los espacios más dialogizados de *Una excursión*, donde la política de fronteras resuena como un problema social abierto. En 1860, Santiago Arcos había escrito “Cuestión de indios”, un breve folleto donde el problema de los indios se piensa “bajo un doble punto de vista: 1- como cuestión de límites; 2- como modo de dominar todos los territorios que esos límites encierran”. En un contexto de política pactista, Arcos es partidario del abandono de la guerra defensiva contra el indio. Pero la posibilidad de una ofensiva total está condicionada por el conocimiento del terreno: es necesario “hacer estudiar el terreno, mandar personas en cuya veracidad se confie... Las personas encargadas de este examen, podrían simplificar lo que proponemos, indicar un

mejor derrotero, y dar al Gobierno informes exactos sobre el número de tropas que debería marchar, su equipo, detalles sobre el modo de suministrar víveres y fijar la estación en que debe emprenderse la marcha, fijar el tiempo para llevar a cabo la expedición, indicando día por día las marchas que deben hacerse”.¹⁸⁹ Dictando el tipo de mirada que había que dirigir hacia el desierto, el texto de Arcos parece señalar los futuros pasos de Mansilla –como si *Una excursión a los indios ranqueles* pusiera sobre el terreno lo que Arcos había puesto diez años antes sobre el papel, llegando a sugerir incluso la forma de folletín (“indicando *día por día*”) para la redacción del futuro informe.

Construir un derrotero, una ruta, por “el deseo de ver con mis propios ojos ese mundo que llaman Tierra Adentro, para estudiar sus usos y costumbres, sus necesidades, sus ideas, su religión, su lengua, e inspeccionar yo mismo el terreno por donde alguna vez quizá tendrán que marchar las fuerzas que están bajo mis ordenes” (p. 3); trazar una carta topográfica, a partir de la cual poder pensar el campo de operaciones militares de una futura invasión: tal es el objetivo militar-literario de Mansilla. El conocimiento del terreno de operaciones define el éxito de un planteo estratégico; de lo contrario, puede repetirse el revés sufrido por el general Emilio Mitre, mentor del joven Mansilla, a quien vimos fracasar en su expedición “por ignorancia del terreno” (p. 54). Si para Echeverría o Sarmiento la llanura es un desierto, un blanco a ser llenado, para la mirada táctica de Mansilla la pampa es, por el contrario, un relieve vasto y móvil donde pasan cosas todo el tiempo, una materia contable gracias a un saber afirmado en la experiencia. El conocimiento empíricamente adquirido en su

¹⁸⁹ Santiago Arcos, “Cuestión de indios”, *La revista de Buenos Aires: Historia americana, literatura y derecho*, Buenos Aires, XIV, p. 30.

excursión le servirá a Mansilla como un campo concreto de corrección e impugnación a las representaciones de “los que han hecho la pintura de la Pampa, suponiéndola en toda su inmensidad una vasta llanura ¡en qué errores descriptivos han incurrido! Poetas y hombres de ciencia, todos se han equivocado” (p. 55). En su carácter de viajero-cronista, Mansilla organiza un tipo de saber espacial que le permite medir y criticar la distancia entre “el paisaje ideal de la Pampa, que yo llamaría para ser más exactos, *pampas*, en plural, y el paisaje real” (p. 55). Frente a un espacio múltiple, frente a la dispersión de puntos, de pliegues en donde ocultarse y emboscar al viajero, de lugares de abastecimiento de agua y leña para el aprovisionamiento de la tropa, de obstáculos y guadales, se levanta una mirada logística capaz de recuperar la dispersión en un “*croquis topográfico*” que une los puntos, fija derroteros y traza hojas de ruta (p. 4). Cuando la frontera textual se desplaza, la función de las descripciones, sobre las que descansa el efecto “estético” de la escritura de viaje, se transforma: la crónica exótica de *Una excursión* deviene un austero informe militar-cartográfico.

En oposición al mapa, al conjunto de puntos tácticos unidos por líneas fijas de trayectoria, se opone el espacio de la rastrellada, “los surcos paralelos y tortuosos que con sus constantes idas y venidas han dejado los indios en los campos” (p. 17). Frente a la línea, al derrotero militar, la dispersión de líneas de fuerza pura, el flujo de intensidades no-ligadas que representa el nomadismo de los ranqueles. El movimiento perpetuo, la circulación y movilidad imprevisible de los indios, se articula con el uso del territorio como defensa. El dominio de la extensión por un movimiento constante, la dispersión absoluta de líneas de fuerza, definen las tácticas ranqueles. La superioridad de los caballos indios, unida a un conocimiento del territorio, permiten los ataques sorpresivos y la dispersión inmediata de los malones.

Hay que poner límites, hay que domar el flujo errático de los malones, capturando la velocidad y el movimiento del indio. En “Cuestión de indios”, Arcos recomienda atacar a los indios en sus toldos y “hacerlos huir en una dirección dada”, acorralándolos en sitios no habitables tales como lagunas de agua salada, montañas o terrenos guadalosos (p. 26). La retirada natural de los indios, protegidos por la extensión, puede cortarse a partir de un relevamiento estratégico del terreno que permitirá la elección de puntos en donde aplicar la fuerza militar. Vectorización de los flujos, dispersión de fuerzas: dos modos de la guerra, dos tácticas distintas que definen dos tipos de frente, dos modos de marcha para la ocupación del espacio: la columna jerárquica, el avance organizado militarmente de la excursión; y el malón, el movimiento informe de los indios “que no reconocen jerarquía. Lo mismo es para ellos la derecha que la izquierda, ir adelante que atrás: el capitanejo, el cacique menor o mayor, todo es igual al último indio. El terreno, el aire de la marcha y el caballo deciden del puesto que llevan cada uno” (p. 107). Los modos de desplazamiento están determinados por las condiciones materiales de las fuerzas armadas, esto es, el caballo y la naturaleza del terreno. Cualquier turbulencia del terreno puede perturbar la marcha, arrojando a la columna en un movimiento nómada. Cuando la red de sendas y rastrelladas multiplican el terreno en todas direcciones, Mansilla pierde la línea: “Galopábamos a la desbandada. Los corpulentos algarrobos, chañares y caldenes, de fecha inmemorial; los mil arbustos nacientes desviaban la línea recta del camino, obligándonos a llevar el caballo sobre la rienda para no tropezar con ellos, o enredarnos en sus vástagos espinosos y traicioneros” (p. 108).

En esos momentos, cuando algo o alguien pierde la forma, cuando algo no se acomoda a las distribuciones de especies, géneros e identidades, cuando algo deja de ser reconocible, la pregunta por lo que pasa desplaza a la pregunta por lo que es.

Son zonas de indeterminación donde las líneas se deforman y los contornos varían de manera incontenible, que el lenguaje inscribe como intensidad semánticamente incontrolable. Véase si no la “nube” heterogénea que envuelve a Mansilla cuando ingresa a los campos que rodean Leuvucó, muy poco antes del parlamento. La cita es la cartografía de algo que el lenguaje, llevado hasta su límite (se trata probablemente del párrafo más moderno de *Una excursión*), registra como cambio, en movimiento: “La nube de arena había llamado mi atención antes de empezar mi diálogo con Mora, se movía y avanzaba sobre nosotros, se alejaba, giraba hacia el poniente, luego hacia el naciente, se achicaba, volvía a achicarse y a agrandarse, se levantaba, descendía, volvía a levantarse y a descender; a veces tenía una forma, a veces otra, ya era una masa esférica, ya una espiral, ora se condensaba, ora se esparcía, se dilataba, se difundía, ora volvía a condensarse haciéndose más visible, manteniendo el equilibrio sobre la columna de aire hasta una inmensa altura, ya reflejaba unos colores, ya otros, ya parecía el polvo de cien ráfagas de vientos errantes, otras el polvo de un rodeo de ganado vacuno, jinetes, ya el de potros alzados, unas veces polvo levantado por las que remolinea; creíamos acercarnos al fenómeno y nos alejábamos, creíamos alejarnos y nos acercábamos, creíamos descubrir visiblemente en su seno objetos y nada veíamos, creíamos juguetes de la óptica la imagen de algo que se movía velozmente de un lado a otro, de arriba abajo, que iba y venía, que de repente se detenía partiendo de súbito luego: íbamos a llegar y no llegábamos, porque el terreno se doblaba en médanos abruptos, subíamos, bajábamos, galopábamos, trotábamos con la imaginación sobreexcitada, creyendo llegar en breve a una distancia que despejara la incógnita de nuestra curiosidad; pero nada, la nube se apartaba del camino como huyendo de nosotros, sin cesar sus variadas y caprichosas evoluciones, burlando el ojo experto de los más prácticos, dando lugar a conjeturas sin

cuenta, a apuestas y disputas infinitas” (p. 120). ¿Qué estaba pasando? Una masa enorme de guanacos pasa junto a la columna de Mansilla, que queda envuelto por tinieblas de arena y alaridos que venían de todas las direcciones. Era una boleada de guanacos, primera marea de vida que, en cuanto se asiente, hará emerger a los ranqueles –potencia de desvío y de desencadenamiento que pone en marcha una escritura cubierta de movimientos nómadas.

Una novela de espionaje

En Mansilla, el problema económico de la propiedad deviene táctica militar. La guerra se organiza a partir de modos diferentes de ocupación del suelo. La ausencia de propiedad privada entre los ranqueles permite su nomadismo y movilidad constantes, guiados tan solo por la posibilidad del consumo inmediato de las riquezas naturales del suelo. Del otro lado de la frontera, donde Mansilla aprende que “los alimentos no se compran; donde el que tiene necesidad *pide con vuelta*” (*Una excursión*, p. 176), la posesión privada, el derecho a la tierra por la capacidad de hacerla productiva, define la forma de ocupación permanente del territorio enemigo por parte del estado argentino. Mansilla alcanza su límite cuando pone en juego el carácter de mercancía de la tierra, intraducible al lenguaje de los ranqueles. Porque Mariano Rosas lee los periódicos de Buenos Aires –entre ellos, *La Tribuna*, donde va a publicarse meses más tarde *Una excursión...*–, sabe que los blancos vendrán por más tierras, y sabe que Mansilla lo sabe. En efecto, el cacique ranquel lleva un archivo como el que Estanislao Zeballos encuentra enterrado en los médanos de Salinas Grandes, donde guarda un artículo de *La Tribuna* sobre el proyecto de extensión hasta los Andes del Central Argentino –primer ferrocarril argentino que en 1870 une el puerto de Rosario con

Córdoba-. Mariano Rosas sabe mejor que Mansilla qué lo empuja a éste tierra adentro: una voluntad política que excede incluso las mejores intenciones de Mansilla. Sabe que aunque tal vez no mienta, Mansilla no dice toda la verdad, “que después que hagan el ferrocarril, dirán los cristianos que necesitan más campos al sur, y querrán echarnos de aquí, y tendremos que irnos al sur de Río Negro, a tierras ajenas; porque entre esos campos y el río Colorado o el río Negro no hay buenos lugares para vivir” (*Una excursión*, p. 225).

Dividido entre el heroísmo y la traición, entre la promesa y la violación del tratado, entre la verdad franca y la falsedad de una palabra repleta de dobleces, Mansilla posa con ceremoniosa y calculada visibilidad para los maliciosos ranqueles el espectáculo de una integridad lisa y llana, sin segundas intenciones. Pero una miriada de signos desmaterializados debió haberlo rodeado como una nube de insectos. Los ranqueles “querían verme un rato de cerca, antes de que echara pie a tierra, estudiar mi fisonomía, mi mirada, mi aire, mi aspecto; asegurarse, por ciertas razones fundamentales, de mis intenciones, leyendo en mi rostro lo que llevaba oculto en los repliegues del corazón” (p. 131). A pesar de su controlada visibilidad, de lo ceremonioso y protocolar de su postura, el rostro de Mansilla parece un paisaje desconocido que no deja de emitir signos y que los ranqueles escrutan con ansiedad.

Con estos antecedentes, los términos del parlamento de Leuvucó donde Mansilla tiene que convencer a los ranqueles de que el gobierno, una vez allanados los mecanismos constitucionales, cumpliría con los términos del acuerdo, caen dentro del campo del diferendo, esto es, una lucha desigual por el sentido de una palabra, donde una de las partes se encuentra argumentativamente desarmada.¹⁹⁰ ¿A quién perte-

¹⁹⁰ Cfr. Jean-François Lyotard, *El diferendo*, Barcelona, Gedisa, 1988.

nece la tierra? “Me arguyó que la tierra era de ellos. Le expliqué que la tierra no era sino de los que la hacían productiva; que el Gobierno les compraba, no el derecho a ella, sino la posesión, reconociendo que en alguna parte habían de vivir” (p. 224). ¿Qué significa poseer la tierra? ¿Habitarla, ocuparla, explotarla económicamente, comprarla y venderla? Mariano Rosas le pregunta a Mansilla “con qué derecho habíamos ocupado el río Quinto; dijo que esas tierras habían sido siempre de los indios...; agregó que no contentos con eso todavía los cristianos querían *acopiar* (fue la palabra de que se valió) más tierra” (p. 98). Pero los indios acopian ganado de las estancias, replica Mansilla, ganado que los indios reconocen como ajeno, mientras que “nosotros no reconocemos que la tierra sea de ustedes”. Oblicuamente, Mansilla aplaza la respuesta, contestando que “las fuerzas del gobierno han ocupado el río Quinto para mayor seguridad de la frontera; pero esas tierras no pertenecen a los cristianos todavía; son de todos y no son de nadie; serán algún día de uno, de dos o de más, cuando el gobierno las venda, para criar en ellas ganados, sembrar trigo, maíz” (p. 99). El diferendo sin traducción posible corre precisamente a lo largo de la frontera que separa la propiedad privada de esa especie de “absurdo” que es la propiedad colectiva. Como el límite es infranqueable, Mansilla lo corre para adelante en el tiempo, un tiempo concebido como progreso civilizatorio que, en nombre de cierto proceso de modernización vivido como ley natural, dejaría fatalmente rezagados a los pueblos salvajes, perdidos en la prehistoria. Así, por una operación que no es ajena a la nostalgia, el debate estrictamente contemporáneo entre dos usos y concepciones posibles del territorio se desajusta en el tiempo, volviendo anacrónico el reclamo ranquel.

¿Mansilla sabía? ¿Por qué, como comandante de Río Cuarto, se divertía con los ranqueles mostrándoles perversamente “un reloj de sobremesa, que tenía despertador, un barómetro,

una aguja de marear óptica, un teodolito y un antejo”? (p. 137) Al revelar su arsenal óptico, confiando en la ignorancia de los salvajes, ¿no está diciéndoles la verdad mintiendo? Pura exterioridad conversadora, Mansilla no deja de ocultar algo que justifica el recelo de los indios, a quienes les hubiera convenido saber que “excursión” viene del latín *excursor*, que significa tanto explorador como espía y emisario. Conocer el territorio enemigo, descubrir campos explotables que permitan el asentamiento de estancieros: se trata aquí de la otra zona de representaciones espaciales del texto, datos con los que levantar el mapa castrense-catastral de un espacio ocupado con líneas escritas directamente sobre lo real. En este sentido, *Una excursión* puede leerse como una novela de espionaje: el narrador es un espía en territorio enemigo que confiesa abiertamente haber recogido a “fuerza de maña y disimulo, muchos datos... que algún día no lejano publicaré para que el país los utilice. Y digo con maña y disimulo, porque entre los indios, nada hay más inconveniente para un extraño, para un hombre sospechoso, como debía serlo y lo era yo, que preguntar ciertas cosas, manifestar curiosidad de conocer las distancias, la situación de los lugares a donde jamás han llegado los cristianos, todo lo cual se procura mantener rodeado del misterio más completo” (p. 132). Se trata de espiar al otro en su propio territorio: conocer los puntos débiles de su estrategia, definir el mapa de maniobras económico-militares que permitan el avance de un ejército disciplinario de militares y estancieros: “cien hombres armados y organizados de cierta manera” respondiendo “de la vida y del éxito de los trabajadores” (p. 61).

Pulsión oral

Disuasión armada y persuasión diplomática son los dos límites entre los que oscila *Una excursión...* Se trata de hacer cumplir

los pactos diplomáticos por la fuerza de las armas. Pero es necesario abandonar el modelo de pacto político y de contrato social para pensar el texto que se internó lo más lejos posible en el campo del otro.

A contramano de las representaciones públicas de la barbarie como un submundo de ruidos y gritos, los ranqueles de Mansilla son criaturas de razón y discusión, cuya retórica diplomática –explotada por César Aira en *Emma, la cautiva*– consiste en encuentros que se dirimen por la capacidad de dar razones: esto es, hacer circular las frases, no detener el movimiento de la lengua, invertir el discurso, multiplicar los argumentos. Se trata de sostener, durante horas, la entonación de un puro flujo verbal que no debe detenerse –un terreno superficial, colmado de gestos y de inflexiones, en el que Mansilla se mueve con comodidad–. En esos torneos verbales que ponen a prueba la paciencia y la resistencia del interlocutor –una resistencia que Mansilla se jacta de haber quebrado en más de una ocasión y que, de alguna manera, anticipa el parloteo de *Entre-nos*– entra en juego la proverbial pulsión oral de Mansilla, que encuentra en los parlamentos un campo de satisfacción inmediata. En efecto, si la estrategia difiere a largo plazo el deseo de ocupar en forma permanente el territorio que el *excursor* espía en forma solapada, hay un objetivo accesible a corto plazo, cuya satisfacción no tiene que esperar: “comer primero que tú [Santiago Arcos] en Nagüel Mapo una tortilla de huevos de avestruz” (p. 4). Pura pulsión oral, Mansilla no para de hablar, de comer y de beber –un consumo improductivo de tiempo y de objetos que lo arroja en el campo del otro.

Son momentos de apropiación compulsiva en los que el oscuro coronel de frontera Lucio V. Mansilla no puede esperar más; momentos en los que su figura crece, más allá de sus límites, más allá de la vigilia. Es entonces cuando los sentidos se embotan y el sueño imperial de “Lucius Victorius Imperator”, favorecido por la comida y el vino que acababa de consumir,

se eleva sobre el desierto, para confiscárselo de un solo golpe. Desgarrada entre dos formas de poder, la conciencia liberal sueña en Mansilla. Sueña por un lado “que yo era el conquistador del desierto; que los aguerridos ranqueles, magnetizados por los ecos de la civilización, habían depuesto sus armas”. Aldeas, iglesia, escuela, arado; y Mansilla como “patriarca respetado y venerado, el benefactor de todos”. Goce humanitario, capitalista, civilizatorio, que por la dualidad de la gramática de los sueños se desliza al otro lado, a la tentación del golpe de Estado contra los ranqueles, ya que “¿por qué no había de tentar la empresa de luchar y vencer una civilización decrepita” como la de los ranqueles? (p. 177). El poder disciplinario del modernizador y el poder soberano del tirano se disputan la conciencia liberal, que sueña indefensa: el genio bueno del capital frente al genio malo del caudillo de frontera. Después de todo, el hombre es un potencial déspota, que goza de sí para sí. Pregunta el narrador: “¿No tienes poder, no eres de carne y huesos, no amas el placer?” (p. 175).

Pero este goce inmediato, hedonista, común al jefe militar y al bárbaro, encuentra pronto sus límites, cuando la tolerancia liberal de Mansilla choca escandalizada contra los límites impudorosos del cuerpo del indio. Vuelve en otro registro el problema de los flujos, las intensidades, el barbarismo de las mezclas, el horror ya no al vacío, sino a esa presencia amorfa “de hombres y mujeres, jóvenes y viejos, todos... mezclados y revueltos unos con otros... medio vestidos los unos, desnudos los otros, sin pudor las hembras, sin vergüenza los machos, echando blanca babaza estos, vomitando aquellas; sucias y pintadas las caras, chispeantes de lubricidad los ojos de los que aún no habían perdido el conocimiento, lánguida la mirada de los que el mareo iba postrando ya; hediendo, gruñendo, vociferando, maldiciendo, riendo, llorando, acostados unos sobre otros, despachurrados, encogidos, estirados, parecían un grupo de reptiles asquerosos” (p. 362). Cuando se pierden los límites,

cuando desaparecen los contornos previsibles de las conductas y las formas, cuando asoman los “instintos carnales” que desespirtualizan al otro y lo vuelven ilegible, surge el riesgo, la posibilidad de muerte y violación.

Los límites se endurecen otra vez; el otro se opaca, se rebarbariza, “se embosca en su otredad”:¹⁹¹ el discurso, la posibilidad de pactos orales, toca sus límites. Mansilla insinúa el riesgo de una muerte violenta en varios momentos del texto, ante los excesos del indio. En la Junta Grande hay un momento donde la retórica de Mansilla deja de convencer; sus palabras pierden el poder persuasivo. Mira a su alrededor, “y vi brillar más de una cara amenazante” (p. 307). Más tarde reclama ante Mariano Rosas: “¿Y si me hubiesen insultado, o me hubieran querido matar? –¡Cuándo! –fue toda su respuesta” (p. 315). Las miradas se cruzan y desencuentran. Entre nos y ellos se abre un abismo horizontal que se traga la ilusión comunicativa y la posibilidad de traducción de un antagonismo inasimilable. Las fuerzas de la guerra se tensan una vez más y la violencia está por saltar de las palabras a los cuerpos, bajo la orden de fusilar, invadir o reprimir.

Calaveradas

Después de dieciocho días de su disgresiva excursión, desviada de la línea política del gobierno, Mansilla logra la aprobación del tratado con la confederación ranquel. A punto de salir del desierto, sabiendo que la próxima visita, orden de por medio, lo traería de vuelta a los toldos al mando de un ejército conquistador, Mansilla es recibido por un viejo cacique

¹⁹¹ David Viñas, “Lucio V. Mansilla a contraluz: de duelos, chinas, memorias y olvidos”. *Clarín*, suplemento *Cultura y Nación*, 22 de junio de 1986, pp. 1-7.

ranquel, retirado de la vida pública, que lo despide caballerosamente “a la vieja usanza ranquelina”. En ese momento Mansilla se quiebra, se desdobra entre la palabra oficial que acaba de dar y que sabe que es incapaz de sostener, y un incómodo silencio, teñido de melancolía y de repliegues. Por primera vez en el texto Mansilla se queda mudo: “Yo no tenía qué replicar” (p. 177).

Menos alerta, menos iniciado en el laberinto de la política de frontera que Mariano Rosas –esto es, menos politizado– el viejo ranquel es un resto arcaico a punto de consumirse, más al gusto del paladar liberal de Mansilla. Sobre ese fondo de extinción inminente, al borde de la idealización que despoja al viejo ranquel de la excesiva carnalidad y crudeza de Mariano Rosas, Mansilla se permite dudar de las recetas modernizadoras: “¿El contacto de la civilización será corruptor de la buena fe primitiva?” (p. 177). En ese límite, Mansilla se queda hablando solo. Al año siguiente, con Mansilla ya relevado de su cargo por el fusilamiento de un desertor, el comandante general de la frontera, José M. Arredondo, y un joven comandante de la frontera de Córdoba, Julio Argentino Roca, realizaron expediciones punitivas contra Mariano Rosas, persiguiéndolo hasta más allá de Leuvucó. Mariano Rosas muere en 1877, pero incluso como cadáver siguió siendo objeto de “calaveradas” blancas, aunque menos risueñas que la de Mansilla: en 1879, su cráneo, profanado por el coronel Eduardo Racedo, pasó a formar parte de la colección de calaveras indígenas del científico oficial de la conquista del desierto, Estanislao S. Zeballos (pieza 292 del Museo de Ciencias Naturales de La Plata).¹⁹²

¹⁹² La Ley nacional 25.276, de agosto de 2000, ordena la restitución de los restos de Mariano Rosas a su comunidad. Cfr. María Moreno, “Siempre es difícil volver a casa” (<http://www.dilo.ws/volveracasa.htm>).

Desvíos VII

Escalas narrativas: *El vestido rosa*, de César Aira (1984)

En una escena de bautismo colectivo que sigue a la firma del tratado de paz con los ranqueles, Mansilla queda absorbido por un detalle que captura toda su atención al punto de desplazar la totalidad de la escena. Hay algo inquietante en el vestido de su ahijada, una hija de Mariano Rosas; algo indefinible que Mansilla no puede identificar. “¿Qué vestido es ese?, ¿de dónde venía?, ¿quién lo había hecho?, era todo mi pensamiento” (p. 333). Mansilla describe el brocado, los encajes y los adornos de un vestido cuyo origen es indeterminable: ninguna modista de Tierra Adentro lo pudo haber diseñado, ninguna niña cristiana se vestía así. Para ser más precisos, no es el vestido lo que lo fascina, sino la diferencia, la tensión entre el vestido y las botitas de potro que convierten la confección en un campo simbólico donde la civilización se encuentra con la barbarie. “No pensaba sino en el contraste que formaban con él las botas”, confiesa Mansilla, cautivado por la diferencia que abre el espacio por el que irrumpe un relato perturbador. El vestido, se entera en seguida Mansilla, perteneció a la Virgen de la Villa de la Paz –una revelación que quiebra la armonía religiosa de la escena y se inscribe en ella como una disonancia del discurso evangelizador–. La totalidad de la escena se deshace. Refractario al sentido en tanto partícula inasimilable, el vestido es uno de los tantos objetos que durante la Excursión se ha acercado demasiado a un Mansilla que queda conmovido “de una manera diabólica”.

Por la segunda mitad del siglo XIX otro vestido diminuto anda dando vueltas por el sur de la llanura, enlazando a distancia la vida de puesteros, ganaderos, indios, baqueanos, reseros, traficantes, soldados, jueces de paz. Se trata de El vestido rosa, de César Aira, una suerte de relato de viaje donde lo que circula es un objeto cualquiera que, como el traumático vestido de Una excursión, “puede representar la totalidad ausente, mejor que el más elaborado de los

discursos”.¹⁹³ Partícula diminuta de un relato fantasmal en germen (¿Qué vestido es ese?, ¿de dónde venía?, ¿quién lo había hecho?), el vestido se difunde por la inmensidad del espacio y del tiempo de la llanura a la manera de ondas poéticas que multiplican las historias. En cada una de sus vueltas, de sus bruscas apariciones y desapariciones, el vestido entra en posesión de personajes con los que converge durante un tiempo, antes de dejarlos atrás y seguir su fluctuante camino preñado de sentidos divergentes alojados entre sus pliegues.

De todas las vidas con las que el vestido se cruza, la de Asís es la más expuesta, la más vulnerable. Ojos y boca abiertos frente a la llanura, aire distraído y ausente, “el tonto Asís” es una franja de presente puro, cerrado al pasado y al futuro. Hijo adoptado por un viejo puestero del sur de la provincia de Buenos Aires, cerca de la frontera con los indios, Asís es “alguien que estaba ahí...”, la palabra demorada y los gestos ligeramente fuera de órbita, aplomado y atolondrado, siempre muy sereno y nimbado por la inquietud de no comprender nada” (p. 7). De algún modo, Asís se encuentra en el reverso del Funes de Borges, el Bianco de Saer o el Hudson de Hudson –tres casos de percepción sobrecargada de datos sensoriales–. Si por Hudson sabemos que la percepción deviene experiencia y narración cuando se asocia con recuerdos sensoriales del pasado, si por el baqueano sabemos cómo la mirada se mueve vertiginosamente de huella en huella por la red de relaciones de la llanura, Asís, embobado por el paisaje, mira torvamente la realidad más bien pobre y monótona de un paisaje poco exigente sin registrar ni entender demasiado.

En efecto, en la pampa, a falta de “ocasiones prolongadas en las que pudiera probarse si razonaba o no como el resto del mundo” (p. 8), Asís es un enigma indecible: ¿es tonto o es la mimesis con un paisaje igual a sí mismo lo que paraliza sus facultades y suspende el

¹⁹³ César Aira, *El vestido rosa*, ob. cit., p. 74.

pensamiento? Para pensar hay que cambiar de objeto, un ejercicio que la indiferencia de la pampa no favorece. Pero fue la confección del vestidito rosa, que la abuela de la casa cose para un vecino de la zona, lo que atrae intensamente su atención como “un imán súbitamente cargado” (p. 12). Partícula diminuta de unos pocos centímetros de tamaño, el vestido altera las perspectivas de Asís. Tan quieto como la pampa, el pensamiento se pone en marcha gracias al vestido que lo empuja de una dimensión a otra como una vela rosada (p. 75). Y no hay nada tan rápido como el pensamiento (como una escritura que se identifica con la repentinización del pensamiento). Las vueltas del vestido, sus apariciones y desapariciones, sus pliegues y despliegues, son los puntos de inflexión de una historia que varía al infinito.¹⁹⁴ Asís será sucesivamente, sin ninguna progresión, el tonto del lugar, protegido de un cacique, soldado en el ejército de Roca, Juez de Paz.

El vestido en miniatura tiene algo de objeto a escala, sin el mapa general que permitiría interpretar estratégicamente y darle un sentido general a su trayectoria. Las proporciones y medidas se alteran, los viajes se acortan o se alargan, la vida en general pasa demasiado rápido o despacio. A falta de centros de referencia en el sujeto (¿Asís es un tonto?) o en el objeto, que está al borde de lo invisible, el vestido se mueve de un plano a otro sin remitir a un sistema de referencias fijas que haría posible su localización dentro de una historia, de manera tal que estamos siempre en el medio de un movimiento sin principio ni fin. Siempre en “el ojo mismo de las pasiones” (p. 17), el vestido es el centro de una circunferencia sin límites, de un espacio que crece y se transforma, sin posibilidades de que un todo narrativo o una descripción límite lo englobe y lo clausure. Siempre hay otras tierras, otros territorios, como comprueba uno de los personajes que viajando por el desierto “descubrió que no podía hablarse de ‘desierto’: todo el mundo estaba habitado. Los territorios

¹⁹⁴ Cfr. Sandra Contreras, *Las vueltas...*, ob. cit., p. 65.

eran grandes óvalos amojonados por nubes, y en cada uno de ellos una nación distinta hacía caminos” (p. 39).

Intersectando mundos o zigzagueando entre ellos pasan los malones, siempre a la intemperie de cualquier forma de interioridad, se llame sujeto, propiedad, nación. En un espacio donde los puntos de referencia se mueven, “los indios eran una exterioridad pura respecto de las relatividades de esta o aquella posición en el país” (p. 36). Por eso Sarmiento dice en la novela que los indios no existen: como su lógica es la del sentido, los indios insisten y viven de desaparecer y de perderse de vista persiguiendo una partícula insignificante de color rosa. Es inútil seguir linealmente los avatares del vestido rosa; tan inútil como tratar de abarcar la turbulenta política araucana, hecha de tratados volátiles e invasiones súbitas que invierten la relación amigo-enemigo. Sucesivas olas de malones que corren detrás del vestido se vuelven imposibles de detectar o de codificar estratégicamente porque la falta de un punto de vista exterior impide “la exposición amplia, de mapa, de efectos que en su microscopía tenían las variaciones de los matices de un crepúsculo y todos los vaivenes del ánimo y del sueño” (p. 36). La historia de El vestido rosa está hecha de variaciones mínimas del sentido (“matices”, “vaivenes”), desvíos imperceptibles del rumbo que despliegan nuevos mundos desmesuradamente abiertos, sin proporción con el tamaño diminuto de esa partícula multiplicadora de historias que se mueve a la velocidad instantánea de las palabras, capaces de atravesar de golpe grandes distancias.

Sobre la llanura de Aira no hay accidente ni lugar narrativo al que treparse para representar las relaciones como un todo. Los grandes bloques históricos, económicos y novelescos se disuelven al paso de los malones, cuya aceleración y velocidad anulan el espacio de la representación. No hay totalización histórica como la que construía Estanislao Zeballos alrededor de la vida política de Calfucurá; ni fijación de un derrotero como en el caso de Mansilla, que mientras desvía la atención con digresiones permanentes, registra oblicuamente lugares de aprovisionamiento, accidentes del terreno,

emplazamiento de los toldos –los puntos de aplicación de las futuras fuerzas de invasión que sobresalen en una estrategia—. Falta entonces el mapeo representacional del espacio, porque no hay un punto de vista trascendente que pueda abarcar el todo desde afuera y dominar el movimiento. La pampa es ahora una pura geometría excéntrica sin contornos que la clausuren ni puntos sobresalientes; más bien, se trata de una superficie que se deshoja en varios planos, mundos paralelos que eclosionan y se constituyen alrededor del vestido como un caleidoscopio que va a reordenarse cuando gire.

También en la guerra de La liebre se destituye la perspectiva topográfica desde el momento en el que Clarke, el inglés naturalista devenido guerrero pampa, descarta “la postura clásica del general sobrevolando el campo entero de la acción: él no era un pájaro, y además la pampa, con su falta de topografía, no se prestaba para esas gracias” (p. 195). Como la mirada de pájaro no puede instaurarse (la mirada del albatros de La cautiva), Clarke asumirá la perspectiva de la liebre, que “por sus carreras imprevistas, por su velocidad escurridiza, su flexibilidad, por sus observaciones fascinadas del sol naciente o poniente”, se vuelve el emblema de su estrategia bélica (p. 202). La estrategia de los indios no depende de un plan teórico previo planificado por un militar-científico, sino de una conexión mímica con las carreras de la liebre o las vueltas del vestido, que se propagan como ondas en todos los sentidos a la vez.

Todos van detrás del sentido, sin entender demasiado dónde están. Las invasiones de los indios, lanzados sobre la frontera en busca del vestido rosa, son caóticos galopes en los que “se perdía la cuenta del tiempo tanto como la dirección. Las direcciones se superponían, se acumulaban” (p. 26). Tampoco los ejércitos escapan a la indiferencia de rumbos de la llanura. Otra vez en posesión del vestido, Asís cae en la red de partidas de Roca que marchan en forma turbulenta hacia el sur sin encontrar ningún indio a su paso. Se trata de “avanzadas o retaguardias, que se confundían al azar sobre un terreno de operaciones sin arriba o abajo” (p. 45). Confundido con un padre desconsolado en busca de su pequeña hija, Asís le sirve a Roca como

prueba de la existencia de los salvajes, cuya ausencia desmoralizaba a sus hombres. La historia avanza por malentendidos y no linealmente hacia un objetivo determinado.

Pulverizada en microhistorias, la táctica de los indios está hecha de irrupciones súbitas y ajustes locales a situaciones precisas y puntuales, no generalizables. Se quiebra con ella la posibilidad de un relato lineal de la conquista, esa lógica narrativa que, como una literatura ready-made, se encuentra implícita en el viaje de campaña. Después de todo, la narración de la conquista del desierto y de la constitución del Estado fue la traducción del puro avance estratégico sobre el terreno. La historia de la progresiva consolidación del Estado tiene la forma de un viaje expedicionario que avanza internalizando el afuera por medio de una localización e inscripción de datos empíricos en mapas militares y redes técnicas de información. Pero las vueltas del vestido o las carreras de la fiebre hacen saltar la continuidad de una historia progresiva que representa la ocupación del espacio y la constitución del Estado como un proceso lineal orientado por las fuerzas del progreso. Afirmando varios sentidos a la vez, El vestido rosa afloja hasta disolver la secuencia causal de acontecimientos. De algún modo, Aira desnaturaliza el gran relato histórico del siglo XIX manteniendo los materiales pero destruyendo las conexiones lógicas. En el revés de la trama, en la reversión súbita de sentidos, habría esperando otro pasado y otra literatura posibles.